MANUEL TARAMONA
ABOGADO
CALLE MAYOR, 31
MADRID

Esta comedia es propiedad legitima de su Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

CONTIGO PAN Y CEBOLLA.

COMEDIA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS

POR

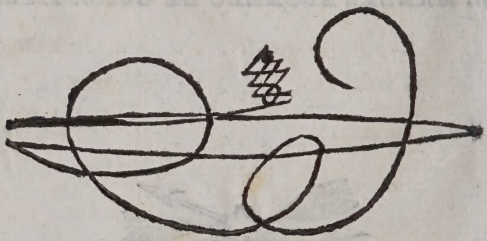
D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Julio. — 1833.

Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien pondrá su firma en todos los ejemplares, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.



PERSONAS.	ACTORES.
Don Pedro de Lara.	*Sr. Elías Noren.*
Doña Matilde, su hija.	*Sra. Concepcion Rodriguez.*
Don Eduardo de Contreras.	*Don Cárlos Latorre.*
Bruno, criado de Don Pedro.	*Sr. Antonio Guzman.*
La Marquesa.	*Sra. Joaquina Baus.*
El Casero.	*Sr. Luis Fabiani.*
La Vecina.	*Sra. Refaela Gonzalez.*

La Escena se pasa en Madrid; los tres primeros actos en una sala bien amueblada, aunque algo á la antigua, de la casa que habita Don Pedro, y el último acto en un cuarto muy miserable, y en donde habrá solo una mala cama, dos ó tres sillas de paja vieja, un brasero de hierro &c. &c.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

Bruno!

BRUNO.

Jesus, señorita, ya se levantó usted?

DOÑA MATILDE.

Si no he podido cerrar los ojos en toda la noche.

BRUNO.

Ya, se habrá usted estado leyendo hasta las tres ó las cuatro, segun costumbre...

DOÑA MATILDE.

No es eso...

BRUNO.

Se le habrá arrebatado el calor á la cabeza...

DOÑA MATILDE.

Repito que...

BRUNO.

Y con los cascos calientes ya no se duerme por mas vueltas que uno dé en la cama.

DOÑA MATILDE.

Pero hombre, qué estás ahí charlando sin saber...

BRUNO.

Con que no sé lo que me digo? Y en topando cualquiera de ustedes con un libraco de historias ó sucedidos, de esos que tienen el forro colorado, ya no ha de saber dejarlo de la mano hasta apurar si Don Fulano, el de los ojos dormidos y pelo crespo, es hijo ó no de su padre, y si se casa ó no se casa con la jóven boquirrubia que se muere por sus pedazos, y que es cuando menos sobrina del Papamoscas de Burgos: todo mentiras.

DOÑA MATILDE.

Acabaste?

BRUNO.

No señora, porque es muy malo, muy malo leer en la cama...

DOÑA MATILDE.

Aprieta!

BRUNO.

Sin contar que el dia menos pensado nos va á dar usted un susto con la luz y la cortina.

DOÑA MATILDE.

Mira, Bruno, que estás muy pesado.

BRUNO.

Siempre las verdades pesan, señorita, y amargan y se indigestan.

DOÑA MATILDE.

Qué disparate, sino que anoche cabal-

mente ni siquiera hojeé un libro. Buena estaba yo para lecturas.

BRUNO.

Estuvo usted mala, eh? Y cómo no quiere estar usted mala con ese maldito té que á dado usted en tomar ahora en lugar del guisado y de la ensalada, que todo cristiano toma á semejantes horas? Yo no digo por eso que el té no sea á veces saludable... Cuando duelen las tripas, ó cuando... pero al cabo no pasa de ser agua caliente; solo podia habernos venido de Inglaterra, que como alli son hereges, ni tendrán vino, ni bueyes, cebones, ni... Qué está usted curioseando por esa ventana?

DOÑA MATILDE.

Nada; miraba si... qué hora será?

BRUNO.

Las siete dieron hace rato en San Juan de Dios.

DOÑA MATILDE.

Y no ha venido nadie?

BRUNO.

Nadie... ah, sí, vino el aguador con su esportilla y su...

DOÑA MATILDE.

Qué tengo yo que ver con el aguador ni con su esportilla?

BRUNO.

Esperaba usted acaso otra visita á las siete de la mañana?

DOÑA MATILDE.

No... Sí... Válgame Dios qué desgraciada soy! (1)

BRUNO.

Desgraciada! Qué dice usted?

DOÑA MATILDE.

Oh, muy desgraciada, muy desgraciada.

BRUNO.

Pues señor, qué ha sucedido... acaso su papá de usted...

DOÑA MATILDE.

No, papá duerme todavia, y estará sin duda bien lejos de soñar ó de pensar que el terrible momento se aproxima en que va á decidirse para siempre el porvenir de su hija única y querida... para siempre! Ay, Bruno, si tú pudieras comprender toda la fuerza y la estension de esta palabra *para siempre*!

BRUNO.

Vaya, y qué tonto me hace usted! Con que no comprendo lo que quiere decir *para siempre*? Para siempre es lo mismo que decir á uno "hasta que te mueras."

DOÑA MATILDE.

Decia solo que si tú pudieras discernir bien y avalorar las sensaciones de diferente naturaleza que semejante palabra escita, fomenta, inflama...

(1) Sentándose.

BRUNO.

No, en efecto, todo eso para mí es griego.

DOÑA MATILDE.

Y pone en combustion, entonces es cuando estarias en estado de... Pero, quién anda en la ante sala?

BRUNO.

Será quizá el gato que habrá olfateado ya su pitanza.

DOÑA MATILDE.

Él es, él es.

BRUNO.

Quién habia de ser? Minino, minino.

ESCENA II.

DON EDUARDO, DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

Eduardo!

DON EDUARDO.

Matilde!

BRUNO.

Calle, pues no era el gato!...

DOÑA MATILDE.

Creí que no acababa usted de llegar nunca.

DON EDUARDO.

Amanece todavia tan tarde... y á no haber venido sin afeitarme...

DOÑA MATILDE.

Oh! eso no; hubiera sido imperdonable en un dia tan solemne, como lo es este, el que usted se hubiera presentado con barbas.

DON EDUARDO.

Y sobre todo, hubiera sido poco limpio.

DOÑA MATILDE.

Si usted hubiera tenido que viajar en posta tres ó cuatro dias con sus noches... como á otros les ha sucedido... para poder llegar á tiempo de arrancar á sus queridas del altar en que un padre injusto las iba á inmolar... ya era otra cosa... y aun cierto desórden en la toilette, hubiera sido entonces de rigor; pero como usted viene solo de su casa...

DON EDUARDO.

Que está á dos pasos de aqui, en la calle de Cantarranas.

DOÑA MATILDE.

Por lo mismo ha hecho usted bien en afeitarse; y en... mas á lo menos trataremos de recuperar el tiempo perdido. Bruno?

BRUNO.

Señorita?

DOÑA MATILDE.

Anda, y dile á papá que el señor don Eduardo de Contreras desea hablarle de una materia muy importante.

BRUNO.

No creo que el amo se haya dispertado todavia.

DOÑA MATILDE.

Qué sabes tú?

BRUNO.

Porque nunca se despierta antes de las nueve, y porque...

DON EDUARDO.

Quizá valga mas entonces que yo vuelva un poco mas tarde.

DOÑA MATILDE.

No, no; á qué prolongar nuestra agonía? Anda, Brunito, anda, si es que mi felicidad te interesa.

BRUNO.

Bueno, iré; pero lo mismo me ha dicho usted en otras ocasiones, y luego la tal felicidad se vuelve agua de borrajas.

DOÑA MATILDE.

Bruno!

BRUNO.

Iré, iré; no hay que atufarse por eso.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DOÑA MATILDE.

Estos criados antiguos, que nos han visto nacer, se toman siempre unas libertades!

DON EDUARDO.

En justo pago de las cometas que nos han hecho, ó de las muñecas que nos han arrullado. Y este me parece ademas muy buen sugeto.

DOÑA MATILDE.

Oh, muy bueno... Si viera usted la ley que nos tiene... y lo que le queremos todos! Pobre Bruno! Cuando estuvo el invierno pasado tan malo, ni un instante me separé yo de la cabecera de su cama.

DON EDUARDO.

Con qué gusto oigo á usted eso, Matilde mia!

DOÑA MATILDE.

Nada tiene de particular; sin embargo, una cosa es que sus vejeces me desesperen tal cual vez, y otra cosa es que... Ay Dios, y qué temblor me ha dado!

DON EDUARDO.

Está usted sin almorzar?

DOÑA MATILDE.

Por supuesto.

DON EDUARDO.

Entonces es algun frio que ha cogido el estómago, y...

DOÑA MATILDE.

Entonces tambien temblaria usted, porque es bien seguro que tampoco habrá usted tomado nada?

DON EDUARDO.

Sí por cierto; he tomado, segun mi costumbre, una jícara de chocolate, con sus correspondientes bollos y pan de mallorca.

DOÑA MATILDE.

Chocolate y pan de mallorca en un dia como este!

DON EDUARDO.

Es requisito acaso el pedir la novia en ayunas? (1)

DOÑA MATILDE.

No; ciertamente que no... con todo hay ocasiones en que uno debe estar tan absorvido, que necesariamente olvida cosas tan vulgares como el almorzar y el comer. A lo menos yo hablo por mí, y puedo asegurar á usted que ni siquiera ha pasado esta mañana por mi cabeza el que habia cacao en Caracas.

DON EDUARDO.

Asi se ha llenado usted de flato.

DOÑA MATILDE.

De flato! Vaya que viene usted hoy muy poco fino.

DON EDUARDO.

Pero hija, no puede usted tener flato?

DOÑA MATILDE.

No señor; no puedo tener flato. A mi edad, con mi sensibilidad, y en las cir-

(1) Sonriéndose.

cunstancias terribles en que me hallo, no se tiene nunca flato, y si una tiembla es de inquietud, de zozobra, de miedo. Ay, Eduardo, está usted demasiado tranquilo!

DON EDUARDO.

No veo el por qué habia yo de estar fuera de mí cuando me lisonjeo con la esperanza de que su padre de usted, que es íntimo amigo de mi tio, me concederá esa linda mano, en cuya posesion se cifra toda mi felicidad.

DOÑA MATILDE.

Y si se la niega á usted?

DON EDUARDO.

Si usted me hubiera permitido alguna vez que la informara de mi posicion, de mi familia, como en varias ocasiones lo he intentado en valde, comprenderia usted ahora si tengo ó no motivo para no temer el éxito de mi negociacion; pero nunca me ha dejado usted hablar en esta materia, no se por qué, y asi...

DOÑA MATILDE.

Porque ni entonces quise, ni ahora quiero oir hablar de intereses ni parentescos. Eso queda bueno cuando se trata de esos monstruosos enlaces que se ven por ahí, en donde todo se ajusta como libra de peras, y en donde se quiere averiguar antes si habrá luego que comer, ó si habrá con que educar los hijos que vendrán, ó que quizá

no vendrán. Y yo habia de pensar en eso? No, Eduardo, no; yo lo quiero á usted mas que á mi vida, pero solo por usted, créame usted, por usted solo.

DON EDUARDO.

Matilde mia!

ESCENA IV.

BRUNO Y DICHOS.

BRUNO.

Vaya que estaba su papá de usted como un tronco de dormido!

DOÑA MATILDE.

Y qué ha respondido?

BRUNO.

Ni oste ni moste: oyó mi relacion, se sonrió y echó mano á los calzoncillos.

DON EDUARDO.

Se sonrió?

BRUNO.

Pues! como quien dice "ya sé lo que es."

DOÑA MATILDE.

Dios sabe ademas lo que tú le dirias.

BRUNO.

Esta es otra que bien baila: le dije solo que usted me habia mandado le anunciase que el señor don Eduardo...

DOÑA MATILDE.

Ves como al fin habias de hacer alguna de las tuyas?

BRUNO.

Con que usted no me mandó?...

DOÑA MATILDE.

Sí; pero ni habia necesidad de decir que era yo la que te enviaba, ni de añadir, como sin duda habrás añadido, que habia hablado antes ó me quedaba hablando con este caballero.

BRUNO.

Ya se vé que le dije tambien entrambas cosas: y qué mal hubo en ello?

DOÑA MATILDE.

Que ya papá no se sorprenderá, y que la escena pierde por lo mismo una gran parte de su efecto.

BRUNO.

Ande usted, señorita, que desde aqui á la hora de la cena, muchos fetos puede haber todavia.

DOÑA MATILDE.

Jesus qué hombre!

DON EDUARDO.

En cuanto á mí, le protesto á usted, Matilde, que me alegro mucho de que Bruno haya en cierto modo preparado á su papá de usted para lo que voy á decirle; porque ahora tendré menos cortedad, y podré desde luego entrar en materia.

DOÑA MATILDE.

Bueno... Si á usted le parece asi mejor...

BRUNO.

Ya siento al señor en la escalera.

DOÑA MATILDE.

Ay Dios... qué susto!... No sé lo que por mí pasa!... Me he puesto muy pálida? Me voy, me voy á mi cuarto... á suspirar... á llorar... á ponorme un vestido blanco... Ven tú tambien, Bruno... y el pelo á la Malibran... Oh, y qué crísis!... Alli esperaré á que mi padre me llame... La crísis de mi vida!... porque siempre me llama en tales casos... ánimo Eduardo... valor... resignacion... si habrá planchado anoche la Juana mi collereta á la María Estuarda... y sobre todo confianza en mi eterno cariño (1).

BRUNO.

Señorita, señorita, que me desgarra usted la solapa.

ESCENA V.

DON EDUARDO Y LUEGO DON PEDRO.

DON EDUARDO.

Muchacha encantadora! Es lástima por cierto que haya leido tanta novela, porque su corazon...

DON PEDRO.

Buenos dias, señor don Eduardo, muy

(1) Váse, llevándose tras sí á Bruno.

buenos dias; y qué temprano tenemos el gusto de ver á usted en esta su casa!

DON EDUARDO.

En efecto, señor don Pedro, la hora es bastante inoportuna, y bien sabe Dios que no sé cómo disculparme con usted.

DON PEDRO.

De qué, amigo mio?

DON EDUARDO.

Por una visita realmente demasiado matutina é inesperada.

DON PEDRO.

Y quién le dice á usted que yo no esperaba esta misma visita?

DON EDUARDO.

Qué, me esperaba usted hoy?

DON PEDRO.

Hoy precisamente, no; pero sí en una de estas mañanas, porque ya habia yo notado ciertos síntomas... ya se vé, á ustedes los enamorados se les figura que un padre cuando juega en un rincon al tresillo, ó que una madre cuando está mas enfrascada en la letanía de las imperfecciones de su cocinera, no piensan en otra cosa sino en el codillo que le dieron, ó en las almandiguillas que se quemaron, y de consiguiente que ni notan las ojeadas de ustedes, ni oyen los suspiros, ni se enteran de las peloteras... pues no señor, estan ustedes muy equi-

vocados; ni el padre ni la madre pierden ripio de cuanto va pasando...

DON EDUARDO.

Nada mas natural, ciertamente.

DON PEDRO.

Y llevan tambien esta especie de alta y baja, como si hubieran sido toda su vida ayudantes de plaza.

DON EDUARDO.

Asi, señor don Pedro, usted habrá ya observado...

DON PEDRO.

Sí señor, ya sé que usted está muy prendado de mi Matilde.

DON EDUARDO.

Entonces adivinará usted tambien que el objeto de mi visita es...

DON PEDRO.

El de pedirme su mano. No es ese?

DON EDUARDO.

Ese mismo; y si fuera yo tan dichoso que reuniera á los ojos de usted aquellas circunstancias?...

DON PEDRO.

Muchas reune usted por vida mia, señor don Eduardo; nacimiento ilustre, mayorazgo crecido, educacion, talento, moralidad...

DON EDUARDO.

Usted me confunde, señor don Pedro.

DON PEDRO.

Y el ser sobre todo sobrino y heredero de mi mejor amigo... de ahí, que yerno mas á mi gusto seria muy dificil que se me presentase.

DON EDUARDO.

Entonces puedo esperar?...

DON PEDRO.

Pero mi hija es la que se casa, yo no; ella es, pues, la que ha de juzgar si usted...

DON EDUARDO.

Oh, señor don Pedro, y qué feliz soy! La amable, la hermosa Matilde, me corresponde, no lo dude usted, y está en el secreto, y...

DON PEDRO.

Tanto mejor, amigo mio, y ahora vamos á verlo, por que, con el permiso de usted, la haré llamar, y en presencia de usted consultaremos su gusto y su voluntad.

DON EDUARDO.

No deseo otra cosa, y cuanto mas pronto...

DON PEDRO.

Ahora mismo... Bruno? Que ella venga y se esplique, y si dice que sí, entonces... Bruno?

BRUNO. (1)

Mande usted?

(1) Desde adentro.

DON PEDRO.

Porque si dice que no... ya vé usted... un buen padre no debe nunca violentar la inclinacion de sus hijos.

DON EDUARDO.

Repito á usted que ella misma...

ESCENA VI.

BRUNO Y DICHOS.

BRUNO.

Llamaba usted?

DON PEDRO.

Sí: dónde está la niña?

BRUNO.

En su cuarto... representando, á lo que parece, algun paso de comedia.

DON PEDRO.

Qué entiendes tú de eso?... dila que venga.

BRUNO.

O de tragedia, qué me sé yo?... ello es que se la oye hablar alto... que está sola... y que á no haber perdido la chabeta... (1)

(1) Yéndose.

ESCENA VII.

DON PEDRO Y DON EDUARDO.

DON PEDRO.

Pues, y como le iba á usted diciendo, señor don Eduardo, yo soy demasiado buen padre para pretender... luego, ya voy á viejo, estoy viudo, no tengo mas que esta hija... á la que quiero como á las niñas de mis ojos... no soy ademas amigo de lloros ni tristezas dentro de casa, y en suma...

DON EDUARDO.

Si tiene usted en todo mil razones.

DON PEDRO.

Y en suma, ella hará lo que quiera, como lo hace siempre; aunque eso no quita el que la chica sea muy dócil, y muy bien criada, y muy temerosa de Dios...

DON EDUARDO.

Y es tan bonita!

DON PEDRO.

Y el que es muy buena hija, y será muy buena muger propia.

DON EDUARDO.

Oh, escelente, escelente!

DON PEDRO.

Y si llega á ser madre...

DON EDUARDO.

Por supuesto, no quiere usted que llegue?

DON PEDRO.

Tendrá hijos á su vez, y será tambien muy buena madre, no lo dude usted, señor don Eduardo...

DON EDUARDO.

Qué he de dudar yo eso, señor don Pedro? Poco enamorado estoy á fé mia para dudar ahora de nada!

DON PEDRO.

Es que no crea usted que es el primero á quien yo le digo todo esto, no señor, y otro tanto, sin quitar ni poner, le dije á mi sobrino Tiburcio hará ahora unos cuatro meses, cuando se quiso casar con su prima.

DON EDUARDO.

Que fue sin duda la que se opuso al enlace, eh?

DON PEDRO.

Quién habia de ser? Y por mas señas, que aunque no estuvo el tal enlace tan adelantado como el que seis meses antes tuvimos entre manos, lo estuvo sin embargo lo bastante para dar despues mucho que hablar á la gente ociosa.

DON EDUARDO.

Y dice usted que hubo otro seis meses antes que lo estuvo mas?

DON PEDRO.

Cien veces mas, con el vizconde del Relámpago, un caballero andaluz, maes-

trante de la de Ronda... con no sé cuántos millares de pinares, peujares y lagares... hombre muy bien nacido, y que yo...

ESCENA VIII.

DOÑA MATILDE Y DICHOS.

DON PEDRO.

Ven, hija mia, y nos dirás si...

DOÑA MATILDE.

Ah! Padre mio, y qué criminal debo de aparecer á los ojos de usted; ya sé que debia consultarle antes de comprometerme, ya sé que debia despues...

DON PEDRO.

Cierto, muy cierto, mas ahora...

DOÑA MATILDE.

Haber seguido humilde los consejos de su esperiencia, de su cariño: pero ay! que no pude, porque arrastrada por una pasion irresistible...

DON PEDRO.

Si no es eso...

DOÑA MATILDE.

Que como una erupcion volcánica...

DON EDUARDO.

Pero Matilde, si su papá de usted...

DOÑA MATILDE.

Calle usted; no me distraiga... se apoderó de mi pobre corazon, que estaba in-

defenso... que no habia hasta entonces amado...

DON PEDRO.

Si me dejarás meter baza...

DOÑA MATILDE.

Con todo, padre mio, no crea usted que trato de rebelarme contra su autoridad, y si el hombre de mi eleccion no mereciese, como me temo, el sufragio de usted...

DON EDUARDO.

Dígole á usted que...

DOÑA MATILDE.

Entonces... no seré nunca de otro... eso no... pero gemiré en silencio sin ser suya, ó iré á sepultarme en las lobregueces de un cláustro.

DON PEDRO.

Tú quedarte soltera! Jesus qué desatino! Primero te casaria con un Bajá de tres colas, cuanto mas que el señor don Eduardo es muy buen partido por todos títulos...

DOÑA MATILDE.

Qué dice usted?

DON PEDRO.

De familia muy noble...

DOÑA MATILDE.

Eso para mí es tan indiferente como el que fuera inclusero.

DON EDUARDO.

(Para mí no.)

DON PEDRO.

Y que será muy rico cuando herede á su tio...

DOÑA MATILDE.

(Será rico! Qué lástima!)

DON PEDRO.

De quien supongo que heredará tambien el título que aquel tiene de Alguacil mayor de...

DOÑA MATILDE.

(Alguacil mayor! Elegante título por vida mia!)

DON EDUARDO.

Sí señor, si es de mayorazgo!

DOÑA MATILDE.

(Tambien mayorazgo!)

DON PEDRO.

Asi, hija mia, puedes tranquilizarte, porque eleccion mas juiciosa, mas á gusto mio, mas á gusto de todos...

DOÑA MATILDE.

(Lo que engañan las apariencias!)

DON PEDRO.

Vamos, era imposible hacerla mejor... y ya verás lo que se alegra tu tia Sinforosa, y las primas Velascos, y tu padrino el señor Dean, y...

DOÑA MATILDE.

(Y todo el género humano; y solo porque es rico! Gente sórdida!)

DON EDUARDO.

Ah! Señor don Pedro, tanta bondad! Cómo podré yo pagar nunca...

DON PEDRO.

Haciéndola feliz, señor don Eduardo.

DON EDUARDO.

Lo será! Cómo quiere usted que no lo sea? Adorada por su marido, mimada por sus parientes, respetada por sus amigos, pudiendo disfrutar de todo, sobrándole todo...

DOÑA MATILDE.

(Y eso se llama ser feliz!)

DON EDUARDO.

Pero qué tiene usted, Matilde mia? Por qué se ha quedado usted tan callada?

DON PEDRO.

La misma alegría que la habrá sobrecogido... No es eso, hija?

DOÑA MATILDE.

Pues... en efecto... y tambien ciertas reflexiones... ya vé usted, la cosa es muy séria... se trata de un lazo indisoluble, de la dicha ó de la desgracia de toda la vida...

DON PEDRO.

Como ya obtuviste mi consentimiento, que era lo que te tenia con cuidado...

DON EDUARDO.

Y queriéndonos tanto como nos queremos...

DOÑA MATILDE.

No digo que no... y yo agradezco á usted infinito el que me quiera... ciertamente es una preferencia que me debe lisonjear mucho, y que... sin embargo, esto de casarse no es jugar á la gallina ciega, y no es estraño que yo me arredre y titubee, y...

DON EDUARDO.

Bien sabe Dios, Matilde, que no entiendo...

DON PEDRO.

Vaya, vaya, esos escrúpulos se quitan con señalar un dia de esta semana para que se tomen los dichos.

DOÑA MATILDE.

Perdone usted, padre mio; yo no puedo en la agitacion en que estoy ni decidir ni consentir en nada... quédese la cosa asi... yo lo pensaré... yo me consultaré á mí misma... no digo por esto que este caballero deba perder toda esperanza... no tal... aunque por otra parte... en fin, dentro de tres ó cuatro dias saldremos de una vez de este estado de incertidumbre... entre tanto permítanme ustedes que me retire... y... beso á usted la mano... (Muger de un Alguacil mayor! No faltaba mas!)

ESCENA IX.

DON PEDRO Y DON EDUARDO.

DON EDUARDO.

No sé lo que pasa por mí!

DON PEDRO.

A la verdad que yo no me esperaba tampoco... la niña, como le dije á usted, es muy dócil, eso es otra cosa, y muy bien criada, pero...

DON EDUARDO.

Pero señor, por la Vírgen Santísima, si ella apenas hace un cuarto de hora...

DON PEDRO.

Se lo pareceria á usted quizá, señor don Eduardo, porque como ella es tan afable... quién sabe tambien si usted interpretaria...

DON EDUARDO.

Eso es lo mismo que decirme que soy un fátuo, presuntuoso, que...

DON PEDRO.

No señor; cómo habia yo de decirle á usted eso en sus barbas, sino que á veces los amantes... vea usted, ni mi sobrino Tiburcio ni el marqués del Relámpago eran fátuos ni presuntuosos, y tambien se imaginaron que Matilde...

DON EDUARDO.

Ya, pero ellos no oirian, como yo oí de sus propios labios, ... vaya... lo mismo

me he quedado que si me hubiera caido un rayo.

DON PEDRO.

Asi se quedó cabalmente el marqués del Relámpago cuando...

DON EDUARDO.

Y le juro á usted que si no la quisiera tan sinceramente...

DON PEDRO.

Ademas, no está todo perdido... ella no ha dicho todavia que no, señor don Eduardo.

DON EDUARDO.

Pero tampoco ha dicho que sí, señor don Pedro.

DON PEDRO.

Es verdad, no lo ha dicho; mas quizá lo diga... tenga usted paciencia... tres ó cuatro dias se pasan en un abrir y cerrar de ojos... y... con que, señor don Eduardo, á la disposicion de usted... bueno será que yo vaya á ver lo que hace la chica, y no dude usted que si puedo influir...

DON EDUARDO.

Quede usted con Dios, señor don Pedro, y mil gracias de todos modos.

DON PEDRO.

No hay de qué, amigo mio, no hay de que... (1)

(1) Váse.

DON EDUARDO.

Ya sé yo que no hay mucho de que... Caramba y qué chasco! Lo peor es que conozco que estoy enamorado de veras. Ah, Matilde!... y quién pudiera presumir... en fin, paciencia!... y esperaré á estar mas de sangre fria para determinar lo que me queda que hacer... Ah, Matilde, Matilde!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON PEDRO Y BRUNO.

BRUNO.

Aqui tiene usted una carta del señor don Eduardo.

DON PEDRO.

Bueno. Déjala aqui.

BRUNO.

Qué! No la lee usted?

DON PEDRO.

Para qué? Si ya sé, poco mas ó menos, lo que dirá... quejas... lamentaciones... como si uno pudiera remediar el que Matilde no le haya querido al cabo.

BRUNO.

Y vea usted, cualquiera hubiera dicho al principio que...

DON PEDRO.

Tambien me lo creí yo... y solo cuando ella me hizo escribirle ayer aquella carta que tú le llevastes, fue cuando acabé de desengañarme.

BRUNO.

Valiente trabucazo fue la tal carta.

DON PEDRO.

Qué habia de hacer?... Decirle la verdad... que mi hija no se queria ya casar con él, y que yo lo sentia mucho... porque en efecto me pesa de ello por mil y quinientas razones... ya ves tú... qué dirá su tio?... y luego... no se encuentra asi como quiera un partido tan ventajoso.

BRUNO.

Pero señor, qué péro le puede poner la señorita á don Eduardo? Él es lindo mozo... muy afable...

DON PEDRO.

Y muy callado.

BRUNO.

Y siempre que entraba ó salia me apretaba la mano.

DON PEDRO.

Y nunca me hablaba de dote.

BRUNO.

Como que es un caballero.

DON PEDRO.

Oh! Todo un caballero.

BRUNO.

Si las muchachas hoy dia no saben lo que quieren!

DON PEDRO.

Ni quieren tampoco.

BRUNO.

No, lo que es querer... con perdon de usted... lo mismo que las de antaño... si no que se las figura allá yo no sé qué cosas del otro jueves, y... y con nada se satisfacen.

DON PEDRO.

Quise indicar que no tienen al parecer tanta gana de casarse como tenian las de nuestros tiempos.

BRUNO.

Yo diré á usted, las nuestras pasaban sus dias y sus noches haciendo calceta... lo que no pide atencion... y podian pensar entre tanto en el novio y en la casa... y... pero las de ahora, como todas leen la gaceta y saben donde está Pekin, qué sucede? que se les va el tiempo en averiguar lo que no les importa... y ni cuidan de casarse, ni saben cómo se espuma el puchero.

DON PEDRO.

Tienes mucha razon, Bruno, mucha... aquellas eran otras mugeres.

BRUNO.

Y estas no son aquellas, señor don Pedro.

DON PEDRO.

Tambien es verdad... en fin... cómo ha de ser! La cosa ya no tiene remedio... asi...

BRUNO.

Asi, yo me vuelvo á mi antesala... á darle sus garbanzos á la cotorrita... que si me gusta por algo es porque de todas las del barrio es la única que no picotea el gabacho.

ESCENA II.

DON PEDRO. (1)

Pobre don Eduardo!... Quizá pida respuesta? Qué disparate! Lo que pedirá será lo que yo no le puedo otorgar... que hable á Matilde... que me empeñe... que la obligue... cosas imposibles... dónde habré puesto las antiparras? cosas que no pueden hacerse sin ruidos... ya las encontré... veamos sin embargo. (2) "Señor don Pedro de Lara &c. &c. Nada de lo que usted me escribe me ha sorprendido, y yo ya estaba preparado para semejante fallo..." Mas va-

(1) Se sienta junto á la mesa, tomando la carta.
(2) Lee.

le asi, porque unas calabazas ex-abrupto son dificiles de digerir... "lo que si me ha llenado de satisfaccion y de gratitud hácia usted son las finas espresiones con que se sirve manifestarme lo que siente este desenlace..." Como que le decia que hubiera dado un ojo de la cara por poder anunciarle un resultado favorable... no podia estar mas espresivo... "y siendo aquellas, en mi concepto, sinceras, me animan por lo mismo á solicitar de usted un favor..." Ya pareció el peine... "un favor de que va á depender la felicidad de toda mi vida..." Si conoceré ya á mi gente! "la felicidad, quizá, de su propia hija de usted, y es que cuando me presente otra vez en su casa me reciba usted lo peor..." Qué ha puesto aqui este hombre?... "lo peor que le sea posible!!!" Peor dice, y bien claro! "lo peor que le sea posible, esto es, que me trate desde hoy con el mayor despego, que murmure de mí en mi ausencia, que se burle sin rebozo de mi familia y circunstancias, que me calumnie, si fuese necesario, y finalmente..." Vaya, está visto, hay que atarlo... "y finalmente, si Matilde algun dia cediere á mis votos, y consintiere en recompensar con el don de su mano tanta constancia y cariño, que usted nos niegue entonces y despues su licencia, por mas que ella lo solicite, y por mas que usted mismo

lo apetezca, hasta tanto que yo se la pida á usted en papel sellado." Repito que se le fue la chaveta!... "Si usted accede, pues, á mi súplica, y me promete, bajo su palabra de honor, hacer bien su papel, y no confiar el secreto á nadie, en este caso nada me quedará que desear, y estoy seguro que muy pronto se podrá firmar su obediente hijo el que ahora solo se dice de usted atento y seguro servidor: Eduardo de Contreras." Si comprendo una jota de toda esta geringonza... "Posdata." Todavia le quedaban mas disparates en el buche?... "Ya le esplicare á usted mi proyecto cuando pueda hacerlo á solas y sin dar que sospechar: entre tanto me urge el saber si usted me concede lo que tanto anhelo, y para ello iré dentro de una hora á su casa, y le haré entrar recado por Bruno de que deseo hablarle; usted entonces hágame decir secamente por el mismo que no me quiere recibir, y yo entonces interpretaré esta repulsa á mi favor. Por Dios, señor don Pedro, que no logre yo el ver á usted..." Ah! Con que es un proyecto!... que luego me esplicará... y á fé que buena falta me hace... y yo entre tanto solo tengo que hacer... poco... muy poco es lo que tengo que hacer; no recibirle, encerrarme en mi cuarto para mayor seguridad... la cosa no es dificil... pero, y si tropiezo con él antes

de que pueda ponerme al corriente... entonces... no le miraré á la cara... ahuecaré la voz... y le volveré pronto las espaldas... tampoco esto es muy dificil... con todo no se yo si podré... y por otra parte me parece tan estravagante...

ESCENA III.

BRUNO Y DON PEDRO.

BRUNO.

El señor don Eduardo desea con mucho ahinco hablar con usted.

DON PEDRO.

(Jesus! Tan pronto...)

BRUNO.

Dice que es materia muy grave...

DON PEDRO.

(Qué compromiso!)

BRUNO.

Y que despachará en un santiamen.

DON PEDRO.

(Pero cómo puedo yo negarle un favor tan barato!)

BRUNO.

Yo le he asegurado que usted tendria mucho gusto en recibirle.

DON PEDRO.

Has hecho muy mal.

BRUNO.

Cómo usted le estima tanto!

DON PEDRO.

Quién te ha dicho eso?

BRUNO.

Usted mismo no hace un credo; por mas señas que...

DON PEDRO.

Qué señas ni qué berengenas... siempre has de meterte en camisa de once varas.

BRUNO.

Ya las quisiera yo de tres y media.

DON PEDRO.

(Pero yo qué arriesgo en darle gusto?)

BRUNO.

Con que, por fin, qué le digo?

DON PEDRO.

Dile que... que no le quiero recibir... anda.

BRUNO.

Bueno... le diré que habia usted salido por la puerta falsa, y que...

DON PEDRO.

No, no; que estoy en casa, y que no le quiero recibir.

BRUNO.

Ya estoy, que siente usted mucho no poderle recibir, porque...

DON PEDRO.

Habrá mentecato igual con sus malditos cumplidos!... No que no puedo, sino

que no quiero recibirle, que no quiero: sin preámbulos ni sentimientos, ni... lo entiendes ahora?

BRUNO.

Pero eso no se le dice á nadie en sus bigotes.

DON PEDRO.

Pues tú se lo vas á decir en los suyos... y cuidado que no se lo digas!... que no quiero recibirle... ni mas ni menos... (no dudará ahora de mi amistad.) (1)

ESCENA IV.

BRUNO, Y LUEGO DON EDUARDO.

BRUNO.

Qué mosca le habrá picado! Jamas le vi tan fosco... la carta traeria sin duda alguna pimienta, y... pero esto no quita que yo trate de dorar la píldora... no sea tambien que se enfade y que yo vaya á pagar lo que no debo.

DON EDUARDO.

Lo que tarda este Bruno! (2) Ya me falta la paciencia... aqui está solo... Dios mio, si no se lo habrá dicho todavia!

(1) Váse.
(2) A la puerta.

BRUNO.

Nadie puede responder de un primer pronto, y...

DON EDUARDO.

Bruno, le dijo ya usted á su amo... (1)

BRUNO.

Perdone usted, señor don Eduardo, sino he vuelto tan luego como... me entretuve aqui en...

DON EDUARDO.

No importa, no importa; y que ha contestado su amo de usted?

BRUNO.

Ya ve usted... el amo puede salir por la puerta trasera sin que nosotros lo sintamos...

DON EDUARDO.

Habia salido!... Y bien, esperaré á que vuelva; cómo ha de ser!... (2)

BRUNO.

No digo que haya salido, sino que...

DON EDUARDO.

No me quiere recibir? Acabe usted. (3)

BRUNO.

Á veces, con la mejor voluntad del mundo, hay momentos tan ocupados en que no se puede...

(1) Entrando.
(2) Se sienta.
(3) Se levanta.

DON EDUARDO.

En que no se quiere recibir, querrá usted decir?

BRUNO.

En que no se puede...

DON EDUARDO.

En que no se quiere... á qué andar con rodeos?

BRUNO.

(Tambien es empeño el de los dos!)

DON EDUARDO.

Vaya... no es cierto que don Pedro no quiere recibirme?

BRUNO.

(Estoy por cantar de plano.)

DON EDUARDO.

Ea, no tenga usted empacho... no es cierto?...

BRUNO.

Cierto... ya que usted exige absolutamente...

DON EDUARDO.

Oh! Qué fortuna!

BRUNO.

Fortuna!

DON EDUARDO.

La de no morirme aqui de repente al oir semejante desengaño.

BRUNO.

(Que lástima me da!)

DON EDUARDO.

Y don Pedro, por supuesto, se serviria de palabras agrias y malsonantes?

BRUNO.

Oh, no señor: el amo es incapaz de...

DON EDUARDO.

Pero al menos se espresaria... asi... con cierta sequedad... eh?

BRUNO.

Oiga usted, no necesita uno humedecerse mucho la boca para decir "no quiero."

DON EDUARDO.

Y bien, tanto mejor!

BRUNO.

Si es á gusto de usted...

DON EDUARDO.

Porque es bien claro que lo que mas importa á un desgraciado es llegar á serlo tanto, que ya no pueda serlo mas.

BRUNO.

Eso llama usted claro?

DON EDUARDO.

No ve usted que asi se pierde toda esperanza, y toma uno al cabo su partido?

BRUNO.

Cuando hay partido que tomar, no digo que no.

DON EDUARDO.

Ahora quisiera yo que usted, mi querido Bruno...

BRUNO.

(Su querido Bruno!...)

DON EDUARDO.

Me concediera una gracia que le voy á pedir, y que será probablemente la última que le pediré en mi vida.

BRUNO.

Si está en mi arbitrio...

DON EDUARDO.

Lo está, y consiste solo en que usted me proporcione una conferencia de dos minutos con su señorita.

BRUNO.

Pero cómo quiere usted que yo...

DON EDUARDO.

Aqui mismo, en presencia de usted... dos minutos tan solo.

BRUNO.

Asi podré oir!...

DON EDUARDO.

Cuanto hablemos... que yo no soy partidario de misterios ni de cosas irregulares... lo único que solicito es ver todavia otra vez á doña Matilde... y probarla con solo tres palabras que yo no era enteramente indigno del tesoro que codiciaba.

BRUNO.

Quién puede dudarlo?... y muy digno que era usted. Con todo, yo qué puedo hacer? decírselo cuando mas á la señorita... pero si ella sale con lo que su padre... entonces...

DON EDUARDO.

Entonces, tendremos los dos paciencia... y no la volveré á importunar mas.

BRUNO.

Siendo asi, voy, pues, y Dios haga que no la coja de mal talante. (1)

ESCENA V.

DON EDUARDO, Y LUEGO BRUNO.

DON EDUARDO.

Qué miedo tenia que don Pedro no quisiera prestarse á mi proyecto sin saber antes... y tambien que el buen Bruno... pero hasta aqui todo va viento en popa... ahora solo falta el que Matilde venga, y me dé ocasion para entablar la comedia... porque sino consigo hablarla, entonces no sé cómo podré...

BRUNO.

Pues... lo mismo que su padre. (2)

DON EDUARDO.

Malo!

BRUNO.

Me echó con cajas destempladas, y...

DON EDUARDO.

Tampoco quiere verme?

(1) Váse.
(2) Entrando.

BRUNO.

Tampoco.

DON EDUARDO.

(Voto vá... Qué haré? si tuviera papel y tintero... quizá cuatro renglones... bien torcidos, como si me temblara mucho el pulso... y cuatro espresiones bien campanudas... bien misteriosas...)

BRUNO.

Dijo que nada tenia que añadir ni quitar á lo que la carta rezaba...

DON EDUARDO.

Alli creo hay uno y otro. (1)

BRUNO.

Y que de consiguiente era inútil que ustedes se hablasen.

DON EDUARDO.

En efecto, aqui hay papel... (2) y tambien pluma... escribamos. "Matilde..." sin adjetivo; cuando uno está muy agitado debe dejarse los adjetivos en el tintero.

BRUNO.

Qué escribirá?

DON EDUARDO.

"Matilde!!" Dos signos de admiracion... "no tema usted que la importune, no..." Este segundo nó vale un Perú. "Ya sé que las condenas de amor no admiten ape-

(1) Se dirige á la mesa.
(2) Sentándose y escribiendo.

lacion, y que no es culpa de usted el que yo no haya sabido agradarla;" Punto y coma... "pero al menos que la vea yo á usted hoy, que la vea á usted siquiera otra vez, antes que nos separe para siempre el Océano..." No vaya á parecerla todavia poco el Océano!... "el Océano, ó la eternidad..." Ahora sí que hay tierra de por medio... nada de firma... ni de sobre... Bruno, entre usted este papel á doña Matilde.

BRUNO.

Sí.

DON EDUARDO.

Entrele usted por la Vírgen.

BRUNO.

Cuando...

DON EDUARDO.

Mire usted que me va la vida.

BRUNO.

Santa Margarita! (1)

ESCENA VI.

DON EDUARDO, Y LUEGO DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DON EDUARDO.

Si esto no la ablanda, digo que es de piedra berroqueña... Pobre de mí, y á lo que me veo obligado para obtener á Matil-

(1) Entra precipitadamente.

de!... á engañarla, á fingir un carácter tan opuesto al mio!... Oh! si yo no estuviera tan convencido como lo estoy de que Matilde me prefiere á pesar de pesares... y que me deberá su futuro bienestar... jamas apelaria.... pero ella es!.... Pongámonos en guardia. (1)

BRUNO.

Alli le tiene usted hecho una estátua. (2)

DOÑA MATILDE.

No nos ha sentido... y en efecto, le encuentro muy desmejorado... retírate un poco... no, no tan lejos.

BRUNO.

Sí se habrá dormido?

DOÑA MATILDE.

He consentido, caballero... (no me oye).

DON EDUARDO.

Ay!

DOÑA MATILDE.

Suspiró? (3)

BRUNO.

Ya lo creo... y de mi alma. (4)

DOÑA MATILDE.

He consentido, señor don Eduardo... (5)

(1) Se sienta como absorvido en una profunda meditacion.
(2) A doña Matilde.
(3) A Bruno.
(4) A doña Matilde.
(5) Acercándose.

DON EDUARDO.

Quién ?... Ah! Perdone usted, Matilde, si absorvido en mis tristes meditaciones... perdone usted... la desgracia hace injusto al mísero á quien agovia... y yo ya me habia rendido al desaliento, persuadido á que usted persistiria en su cruel negativa.

DOÑA MATILDE.

Quizá hubiera sido mas prudente; porque... ya ve usted, antes de tomar un partido irrevocable he debido pesar todas las circunstancias, y... no soy ninguna niña de quince años.

BRUNO.

Como que tiene usted ya sus diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Diez y ocho son los que tengo, si vamos á eso.

BRUNO.

Diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Diez y ocho. Habrá pesado igual!

BRUNO.

Pero hija, si nació usted el dia de los innumerables mártires de Zaragoza, que cayó en viernes en el mes pasado, y entonces hizo usted los diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Bueno, diez y siete; y lo que va desde entonces acá, no lo cuentas? Si sabré yo que tengo diez y ocho años.

DON EDUARDO.

Indudablemente! Diez y ocho años tiene usted, y mas bien mas que menos, edad, por mi desgracia, en que ya se calcula y se tiene la esperiencia necesaria para conocer lo que se quiere y lo que conviene. Por eso, Matilde, no tema usted que la importune con mis súplicas, ni la entristezca con el relato de mis padecimientos... no por cierto... y de qué serviria? Usted ha hecho lo que ha debido... cerciorarse primero de que no me amaba, y quitarme luego de una vez toda esperanza... nada mas natural, ni mas de agradecer... otro mas afortunado que yo habrá quizá obtenido...

DOÑA MATILDE.

Oh, no; por lo que es eso, puede estar usted bien satisfecho... ni siquiera me he vuelto á acordar de que hay hombres en este mundo, desde ayer que creí necesario el desengañar á usted.

DON EDUARDO.

Siempre es este un consuelo... aunque por otra parte, si usted podia ser dichosa con otro hombre, por qué no me habia yo de alegrar? Ah! Matilde, su felicidad de usted es la única idea que me ha preocupado siempre, y si algun dia, en medio de los paises remotos en que voy á arrastrar

mi mísera existencia, me llegara por acaso la noticia...

DOÑA MATILDE.

Qué! Se va usted tan lejos?

DON EDUARDO.

Oh! Sí, muy lejos.

DOÑA MATILDE.

Arrima unas sillas, Bruno... Y dónde? Esto es, si usted no tiene interés en callarlo.

DON EDUARDO.

Apenas lo sé yo todavia... cualquiera pais me es indiferente con tal que sea bien agreste y selvático.

BRUNO.

(Si se irá á Sacedon?)

DON EDUARDO.

He titubeado algun tiempo entre Californias y la Nueva Holanda; pero al cabo puede ser que me decida por la isla de Francia.

DOÑA MATILDE.

Alli nacieron Pablo y Virginia!

DON EDUARDO.

Y el negro Domingo tambien.

DOÑA MATILDE.

En efecto... siéntese usted, siéntese usted.

DON EDUARDO.

Es que temeria...

DOÑA MATILDE.

No, no; siéntese usted... y como iba diciendo, alli fue donde pasó toda su trá-

gica historia, que tengo bien presente!

DON EDUARDO.

(Mas la tengo yo, que la leí anoche de cabo á rabo.)

DOÑA MATILDE.

Y aquella madre, señor, aquella madre tan cruel que se empeñó en que su hija habia de ser rica!

BRUNO.

Mas cruel me parece á mí que hubiera sido si se hubiera empeñado en lo contrario.

DON EDUARDO.

Luego hallaré en dicha isla todo cuanto puedo apetecer en mi posicion actual; cascadas que se despeñan, rios que salen de madre, precipicios, huracanes...

BRUNO.

(No iré yo á la tal isla.)

DON EDUARDO.

Y bosques inmensos de plátanos, cocoteros y tamarindos, con cuyos frutos podré sustentarme, ó á cuya sombra podrán reposar tal cual vez mis fatigados miembros.

DOÑA MATILDE.

Y qué! No tendrá usted miedo de los negros cimarrones?

BRUNO.

(Quiénes serán esos demonios?)

DON EDUARDO.

Y por qué quiere usted que les tenga yo miedo? Qué me pueden quitar por ven-

tura? la vida, que es lo único que me queda?

BRUNO.

(Y es grano de anis?)

DON EDUARDO.

Ah! Matilde, si viera usted qué poco vale la vida cuando se vive sin deseos, ni porvenir!

DOÑA MATILDE.

Pobre Eduardo!

DON EDUARDO.

Se enternece usted?

BRUNO.

Tambien á mí me empiezan á escocer los ojos, si vamos á eso.

DOÑA MATILDE.

Ciertamente que no puedo menos de agradecer y admirar el que vaya asi á esponerse por mi causa á tantos peligros un jóven de tales esperanzas, tan rico...

DON EDUARDO.

Yo rico?

DOÑA MATILDE.

Contando con la herencia del tio...

DON EDUARDO.

No hay duda que he podido ser rico, pero...

DOÑA MATILDE.

Pero qué?

DON EDUARDO.

Nada, nada.

DOÑA MATILDE.

Esplíquese usted.

DON EDUARDO.

Son cosas mias que ya no pueden interesar á usted.

DOÑA MATILDE.

Oh! Sí, sí... hable usted... lo quiero... lo exijo...

DON EDUARDO.

Bueno; sepa usted que cuando el señor don Pedro creía que mi tio aprobaba nuestro proyectado enlace, éste me instaba á que me casase con la hija única del conde de la Langosta...

BRUNO.

(Familia muy noble en tierra de Campos.)

DOÑA MATILDE.

Y bien?

DON EDUARDO.

Y que mi tio me ha desheredado en seguida porque no he querido darle gusto.

DOÑA MATILDE.

Le ha desheredado á usted?

DON EDUARDO.

Asi me lo anuncia en una carta que recibí ayer suya, dos ó tres horas antes que Bruno me entregara la de su padre de usted.

DOÑA MATILDE.

Le ha desheredado á usted?

DON EDUARDO.

Pues, y por lo mismo nada sacrifico, en punto á bienes de fortuna, al desterrarme para siempre de mi patria.

DOÑA MATILDE.

Y habia de consentir yo en ese destierro?

BRUNO.

(Judiada fuera.)

DOÑA MATILDE.

Yo, que tengo la culpa de todas las desgracias de usted!

DON EDUARDO.

Pero qué remedio...

DOÑA MATILDE.

No, jamas se realizará tan terrible separacion... si es cierto que usted me quiere...

DON EDUARDO.

Lo duda usted todavia?

DOÑA MATILDE.

Desheredado por mí! Y yo he podido, Dios mio, desconocer un instante tanto mérito!

DON EDUARDO.

No llore usted, por mi vida, Matilde mia!

DOÑA MATILDE.

Sí, hace usted bien en llamarme suya... que de usted soy y seré... que de usted he sido siempre; porque ahora lo conozco, y no tengo vergüenza en confesarlo.

BRUNO.

Pobrecita, qué ha de hacer mas que conocerlo y confesarlo.

DON EDUARDO.

Puedo creer tamaña dicha!

DOÑA MATILDE.

Ojalá estuviera aqui mi padre, para que en su presencia...

ESCENA VII.

DON PEDRO Y DICHOS.

DON PEDRO.

(Si se habrá ya ido.)

DOÑA MATILDE.

Papá, papá, aqui está don Eduardo.

DON PEDRO.

Hola! Con que... (1)

DON EDUARDO.

Hum. (2)

DON PEDRO.

(Canario! que se me olvidaba el encargo...)

DOÑA MATILDE.

Y ya nos hemos esplicado cierto quipro cuo que habia... y... nos hemos mútuamente satisfecho... y...

(1) Risueño.
(2) Tosiendo.

DON PEDRO.

Oh! pues si se han satisfecho ustedes, entonces... (1)

DON EDUARDO.

Hum. (2)

DON PEDRO.

(Maldita carraspera!)

DOÑA MALILDE.

No es verdad, papá, que usted se alegra de ello, y que...

DON EDUARDO.

Achi. (3)

BRUNO.

Dominus tecum.

DON PEDRO.

No, hija mia, no me alegro de semejante cosa, ni tampoco puedo aprobar... porque... despues de todo, y... en fin, yo me entiendo, yo me entiendo.

DOÑA MATILDE.

Yo soy la que no entiendo á usted, papá mio, porque...

DON EDUARDO.

Su papá de usted, Matilde mia, se habrá irritado al verme aqui en conversacion con usted, cuando me habia hecho decir que no queria recibirme.

(1) Risueño.
(2) Tose.
(3) Estornuda fuerte.

DON PEDRO.

Precisamente.

DON EDUARDO.

Y creerá que en esto le hemos faltado al respeto.

DON PEDRO.

Cabal.

DON EDUARDO.

Y que nuestra conferencia clandestina es contra las leyes del decoro.

DON PEDRO.

Sí señor, clandestina, y contra las leyes del decoro.

DON EDUARDO.

Y al notar yo el furor de sus miradas y el calor con que se espresa, le protesto á usted empiezo á temer, ademas que ya no quiera atender á otras razones, que nos quiera separar, y aun para separarnos mas pronto que la coja ahora mismo del brazo y se la lleve á su gabinete.

DON PEDRO.

Eso es, eso es, ni mas ni menos, lo que voy á hacer... Vente conmigo. (1)

DOÑA MATILDE.

Pero papá?...

DON PEDRO.

Vente conmigo. (2)

(1) A Matilde.
(2) Llevándola como por fuerza.

DON EDUARDO.

Pero señor don Pedro...

DON PEDRO

Eh! (1)

DON EDUARDO.

Decia que yo tambien me retiraba para no ofender á usted mas con mi presencia.

DON PEDRO.

Bien hecho. — Vamos. (2)

DOÑA MATILDE.

A Dios, Eduardo.

DON EDUARDO.

A Dios, Matilde.

DON PEDRO.

Vamos, repito.

DOÑA MATILDE.

Fíate en mi constancia. (3)

DON EDUARDO.

Ya me fio. (4)

DOÑA MATILDE.

A Dios. (5)

DON EDUARDO.

A Dios. (6)

(1) Volviéndose para oir lo que va á decir.
(2) A Matilde.
(3) Al entrarse.
(4) Yéndose
(5) Desde adentro.
(6) Váse.

BRUNO.

Cómo se quieren! Como dos tortolillos... y el amo, á pesar de eso, y sin saber por qué, los separa y los... vaya no hiciera otro tanto Herodes el Ascalonita.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON PEDRO Y DOÑA MATILDE.

DOÑA MATILDE.

Por Dios, papá, déjese usted ablandar.

DON PEDRO.

No, no; nunca consentiré en semejante bodorrio.

DOÑA MATILDE.

Pues no lo aprobaba usted antes?

DON PEDRO.

No sabia entonces lo que sé ahora.

DOÑA MATILDE.

Pero qué sabe usted?

DON PEDRO.

Mil cosas... sé en primer lugar que tu don Eduardo no tiene un ochavo.

DOÑA MATILDE.

Y ese es acaso gran defecto?

DON PEDRO.

No te lo parece á tí ahora, que te sientas, por ejemplo, á la mesa, y si hay tortilla comes tortilla, sin informarte siquiera de á cómo va la docena de huevos; pero cuando seas ama de casa y veas volver á Torivio con la esportilla vacía porque tu marido no dejó una blanca con que llenarla, ya verás entonces si se te cae la baba por la gracia.

DOÑA MATILDE.

(Qué preocupacion!...)

DON PEDRO.

En fin, te repito que no me acomoda el yerno que me quieres dar... ni yo sé tampoco lo que te prenda en él, porque fisonomía menos espresiva...

DOÑA MATILDE.

Calle usted, señor, y tiene dos ojos como dos carbunclos!

DON PEDRO.

Lo dicho dicho, Matilde; no cuentes jamas con mi licencia... si te quieres casar con ese hombre y morirte despues de hambre... cásate enhorabuena, y buen provecho te haga, con tal que yo no te vuelva á ver en mi vida... Esto es lo único y lo último que te digo... á Dios... (Bueno será que me vaya antes que empiecen los pucheros.)

ESCENA II.

DOÑA MATILDE.

Que me case y que no le vuelva á ver en su vida!... y él mismo me lo indica... Dios mio, Dios mio, qué entrañas tienen estos padres! Que me case!... Si sospechará alguna cosa de lo que Eduardo y yo tenemos tratado para cuando ya no haya otro recurso? Y queda ya alguno por ventura? Que me case!... Y bien, sí... me casaré... me casaré con el hombre de mi eleccion, con el único mortal que me es simpático, y que puede proporcionarme la mayor felicidad posible en este mundo... la de amar y ser amada; porque ó yo no sé en lo que se cifra el ser una muger dichosa, ó ha de consistir necesariamente en estar siempre al lado de lo que ella ama; en jurarle á cada instante un eterno cariño, en aspirar al aire que el aspire... y cuesta acaso algo de esto dinero? No, no... por fortuna todo esto se hace de valde, por mas que digan lo contrario... y todo esto lo haré con mi Eduardo... Con él pasaré mi vida en un contínuo éxtasis, y cuando una misma losa cubra al cabo de muchos años nuestras cenizas todavia inseparables, que vengan entonces á echarme en cara si lo que comí en vida fue potage de lentejas, ó si mi esposo tenia un miserable arriero por tatarabuelo.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE, BRUNO, Y DESPUES DON EDUARDO.

BRUNO.

Está usted sola? (1)

DOÑA MATILDE.

Sí; qué hay?

BRUNO.

Que hay?... lo de siempre... que el señor don Eduardo está ya ahí con ganas de parleta, y que yo, como me han hecho ustedes, velis nolis, su corre vé y dile, me adelanto á reconocer el campo.

DOÑA MATILDE.

Adónde le dejas?

BRUNO.

En el descanso de la escalera.

DOÑA MATILDE.

Que suba... y tú oye.

BRUNO.

Suba usted, caballerito... y yo oigo.

DOÑA MATILDE.

Es necesario que te pongas en el cancel de esa puerta (2), y que nos avises de cualquier ruido que adviertas en el cuarto de papá, no sea que salga y nos sorprenda.

(1) Entreabriendo la puerta.
(2) A Bruno.

DON EDUARDO.

Qué tenemos, Matilde mia?

DOÑA MATILDE.

Nada bueno, Eduardo; papá me acaba de asegurar que jamas nos dará su consentimiento.

DON EDUARDO.

Será posible!

DOÑA MATILDE.

Y tanto como lo es... me ha dicho ademas mil horrores de usted....

DON EDUARDO.

De mí!

DOÑA MATILDE.

En primer lugar, y segun costumbre, que era usted pobre.

DON EDUARDO.

Pero usted le habrá respondido, segun costumbre...

DOÑA MATILDE.

Lo bastante para indicarle que esta es la mayor perfeccion que usted tiene á mis ojos.

DON EDUARDO.

Muchas gracias.

DOÑA MATILDE.

En seguida se ha ensangrentado con la familia de usted... con su persona... vamos, lo aborrece á usted, con sus cinco sentidos... ya ve usted si es injusticia!

DON EDUARDO.

Y ya ve usted si me lo parecerá á mí?

DOÑA MATILDE.

Asi confieso que no me queda ya esperanza alguna.

DON EDUARDO.

Ni á mí tampoco... verdad es que nunca la tuve... de ahí que no me haya dormido, y que si usted quiere...

DOÑA MATILDE.

Esplíquese usted.

DON EDUARDO.

Sepa usted que si bien es cierto que he gastado hasta el último real que poseía, tambien lo es que ya tengo todo listo para nuestro casamiento... dispensa, cura, testigos, cuarto en que vivir, un poco alto sin duda... como que está en un quinto piso... pero en buena calle... en la calle del Desengaño... en fin, nada falta... sino que usted se decida... y dentro de media hora...

DOÑA MATILDE.

De media hora!

DON EDUARDO.

Nos sobra aun tiempo, porque ni usted necesita mas de diez minutos para prepararse, ni yo mas de veinte para dar mis últimas órdenes, volver á esta calle, aprovechar el primer momento en que no pase gente, avisar á usted de ello con tres palmadas, recibirla cuando baje y conducirla

en dos brincos á la iglesia, cuya puerta por fortuna tenemos casi en frente de esa reja.

DOÑA MATILDE.

No decia yo eso, sino que tanta precipitacion... estas cosas, Eduardo, necesitan siempre pensarse algo.

DON EDUARDO.

Al revés, Matilde; estas cosas, si se piensan algo no se hacen nunca... porque... ya ve usted... á cada paso ocurren nuevas dificultades. Se trasluce entre tanto el proyecto... se suscitan persecuciones... hay encierros á pan y agua en calabozos subterráneos, hay vapuleo no pocas veces... y si desgraciadamente hubiera esto para nosotros, no sé yo luego cómo nos habiamos de casar.

DOÑA MATILDE.

Oh! Eso es muy cierto... dígalo sino Ofelia... la del castillo negro.

DON EDUARDO.

Y Malvina, y Etelvina, y Coralina, y otras mil víctimas desventuradas de la injusticia paternal, á quienes han enterrado con palma por andarse en miramientos.

DOÑA MATILDE.

No, lo que es Etelvina murió de parto, si es que no he olvidado su historia.

DON EDUARDO.

Llámelo usted hache... de parto ó emparedada... allá se va todo... ello es que

Etelvina debió de hacer mala sangre con los disgustos que le dieron para que... conque vamos, Matilde mia, qué resuelve usted? Mire usted que cada instante que se pierde...

DOÑA MATILDE.

No sé lo que haga... salirse una asi de su casa sin...

DON EDUARDO.

Pues sino, qué otro camino tenemos? á menos que usted, arredrada con los peligros que pueden amenazarnos, no se arrepienta de sus juramentos y...

DOÑA MATILDE.

Yo arredrada! yo arrepentida! No creía yo que me calumniara usted de ese modo, Eduardo, despues de tantas pruebas como le tengo á usted dadas de mi amor...

DON EDUARDO.

No es que yo dude... ni cómo habia de dudar... cuando esta misma mañana... alli... delante de aquel cuadro de Atala moribunda, me prometió usted casarse conmigo y seguirme, aunque fuera al fin del mundo? si no que... haciendo una hipótesis casi imposible, decia...

DOÑA MATILDE.

Dichoso usted que tiene la cabeza para esas hipótesis... no me sucede á mí otro tanto... y si al cabo cedo á las instancias de usted...

DON EDUARDO.

Cede usted á mis instancias? Oh! qué ventura!

DOÑA MATILDE.

Sí, hombre injusto; y para ceder mejor á ellas cierro los ojos sobre todas las consecuencias... diga usted ahora que soy tímida, ó que soy...

DON EDUARDO.

Digo, Matilde, que es usted una hembra estraordinaria... una verdadera horoina de novela... y arrojándome á sus pies protesto...

BRUNO.

Que el amo bosteza. (1)

DON EDUARDO.

Caramba!... Si se fastidia de estar solo y sale... no, no... (2) aprovechemos los momentos... ahora son las ocho de la noche... con que asi, Matilde, á las ocho y media me tiene usted al pie de aquella reja.

DOÑA MATILDE.

Bueno; entonces ya me tendrá usted tambien pronta.

DON EDUARDO.

No olvide usted la seña, tres palmadas mias.

(1) Sin dejar su puesto.
(2) Levantándose.

DOÑA MATILDE.

Me parece mejor que intercale usted entre la segunda y la tercera un gran suspiro, para que no sea tan fácil el que yo pueda equivocarme si acaso hubiera otra intriga amorosa en la calle.

DON EDUARDO.

Observacion muy prudente... suspiraré entre la segunda y la tercera.

DOÑA MATILDE.

Pues lo demas déjelo á mi cargo, que Bruno y yo dispondremos el cómo burlar la vigilancia de mi padre.

DON EDUARDO.

No hay mas que hablar. A Dios, bien mio.

DOÑA MATILDE.

A Dios...

DON EDUARDO.

Ah, se me pasaba el recomendar á usted que no traiga consigo alhaja alguna, ni dinero, ni cosa que lo valga, porque dirian que yo...

DOÑA MATILDE.

Pierda usted cuidado... una muda ó dos, cuando mas, con las cartas que usted me ha escrito, el retrato de Atala, la sortija de alianza, y la rosa que usted me dió en el primer rigodon que bailamos juntos, y que conservo en polvo, envuelta en un papel de seda; esto es todo lo que pienso llevar.

DON EDUARDO.

Ni necesita usted mas. A Dios, otra vez.

ESCENA IV.

DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

A Dios... Bruno?

BRUNO.

Señorita?

DOÑA MATILDE.

Te enteraste de lo que hemos tratado?

BRUNO.

Ni jota... como tenia que atender á lo que pasaba por allá dentro...

DOÑA MATILDE.

Pues has de saber... pero antes jura que no lo has de decir á nadie.

BRUNO.

Digo que no lo diré á nadie.

DOÑA MATILDE.

Júralo.

BRUNO.

Cuando prometo yo una cosa!...

DOÑA MATILDE.

Bueno... escucha ahora.

BRUNO.

Qué es ello? (1)

(1) Con curiosidad.

DOÑA MATILDE.

Me quieres, Bruno?

BRUNO.

Toma, y para eso tantos aspavientos?

DOÑA MATILDE.

Es que si tú no me quieres... (y mira, Bruno, que me has de querer mucho) de lo contrario es inútil que te refiera nada, porque ni me ayudarias, ni... con que asi responde, me quieres mucho, Bruno?

BRUNO.

Que si la quiero á usted? Buena pregunta, cuando la he visto á usted nacer, como quien dice, y la he arrullado, y la he dado papilla, y la he...

DOÑA MATILDE.

Tienes razon... y por lo mismo me decido ahora á confiarte que me caso esta noche con don Eduardo.

BRUNO.

Oiga! Su padre de usted consintió al cabo...

DOÑA MATILDE.

No tal, antes al contrario se opone á ello.

BRUNO.

Y dice usted que se casa?

DOÑA MATILDE.

Dentro de media hora... ahí está el misterio.

BRUNO.

No puede ser eso entonces, niña.

DOÑA MATILDE.

Te digo que sí... don Eduardo lo ha arreglado ya todo, y me vendrá á buscar dentro de media hora para llevarme á la iglesia.

BRUNO.

No será el hijo de mi madre el que le abrirá la puerta.

DOÑA MATILDE.

No importa, porque precisamente tengo decidido el salir por la ventana.

BRUNO.

Por la ventana?

DOÑA MATILDE.

Por esa reja, quise decir, cuya llave tienes tú, y que está tan baja que con la ayuda de una silla cualquiera puede...

BRUNO.

Segun eso, usted cree que yo le voy á dar la llave?

DOÑA MATILDE.

Por qué no?

BRUNO.

Y tambien quizá que yo mismo le pondré la silla para encaramarse?

DOÑA MATILDE.

Quién habia de ser?

BRUNO.

Y quien la sostendrá de los brazos has-

ta que el señor don Eduardo la recoja en los suyos?

DOÑA MATILDE.

Sí.

BRUNO.

Pues se engañó usted de medio á medio.

DOÑA MATILDE.

Cómo!

BRUNO.

Y ahora mismo voy á noticiar al amo todo este fregado. (1)

DOÑA MATILDE.

Detente!

BRUNO.

No faltaba mas... una niña bien nacida pensar en semejante gitanada!

DOÑA MATILDE.

Bruno!

BRUNO.

Y proponérmela á mí, que he comido treinta y cinco años el pan de su padre!

DOÑA MATILDE.

Pero escucha, por Dios...

BRUNO.

Ni por la Vírgen... todo lo sabrá el señor don Pedro.

DOÑA MATILDE.

Recuerda que prometiste...

(1) Hace que se va.

BRUNO.

Si prometí fue en la suposicion de que seria cosa inocente...

DOÑA MATILDE.

Qué hará luego mi padre?

BRUNO.

Qué? Encerrar á usted bajo llave sino desiste...

DOÑA MATILDE.

Encerrarme... á mí!... Bruno, está visto... me quieres precipitar... pues bien... lo lograrás... ves este papel?...

BRUNO.

Y qué hay en ese cucurucho?

DOÑA MATILDE.

Píldoras.

BRUNO.

De Jalapa?

DOÑA MATILDE.

De rejalgar.

BRUNO.

Jesus mil veces!

DOÑA MATILDE.

Que don Eduardo me trajo esta mañana.

BRUNO.

Habrá bribon!

DOÑA MATILDE.

A peticion mia... porque una muger desgraciada no puede estar sin un poco de veneno en su ridículo.

BRUNO.

Maldita, la necesidad que veo yo de eso...

DOÑA MATILDE.

A grandes males, grandes remedios... asi... ténlo por cierto... si das otro paso hácia la puerta con tan vil propósito, ni una píldora dejo de todo el cuarteron que no me trague.

BRUNO.

Condenadas boticas!

DOÑA MATILDE.

Y me verás caer aqui redonda, lo mismo que si me hubieras dado un trabucazo.

BRUNO.

No haga usted tal... tenga usted compasion de su pobre padre y de mí...

DOÑA MATILDE.

Ténla tú de la desventurada Matilde.

BRUNO.

Yo... si... pero...

DOÑA MATILDE.

En fin, qué determinas?

BRUNO.

Vaya... no diré nada, con tal que me dé usted esas píldoras para...

DOÑA MATILDE.

Y me ayudarás tambien?

BRUNO.

Eso no, porque...

DOÑA MATILDE.

Que me las trago.

BRUNO.

Sí, sí, ayudaré... haré todo lo que usted quiera... pero vengan esas píldoras, repito.

DOÑA MATILDE.

Qué desatino... no ves que me desarmaria si te las diera... Lo que haré será guardarlas en donde las guardaba antes, para el caso en que intentes todavia venderme.

BRUNO.

Paciencia!

DOÑA MATILDE.

Ahora paso á decirte lo que exijo de tí, y es que si papá viene á esta sala, en tanto que yo entro en mi cuarto á recoger algunas frioleras, trates de alejarle de aqui con cualquier pretesto.

BRUNO.

(Ojalá viniera.)

DOÑA MATILDE.

Que cuides de que no haya luz...

BRUNO.

En soplando las que estan encendidas...

DOÑA MATILDE.

Y que la reja esté abierta para cuando yo vuelva.

BRUNO.

Si sé dónde puse la llave, que me...

DOÑA MATILDE.

Ya la encontrarás... no te se olvide nada... lo entiendes? y yo me voy á lo que dije... cuidado que es menester que una muger tenga cabeza para atar tantos cabos.

ESCENA V.

BRUNO.

Mas cabeza se necesita para desatarlos... y á fé que la mia no acierta el cómo... ello sin las malditas píldoras... bastaba con que yo cantara de plano... pero si la chica... que se ha echado el alma atrás... lo sospecha y en un abrir y cerrar de ojos... zas... se engulle media docena de los tales confites... vea usted entonces qué desgracia!... qué sentimiento para todos!... y que es capaz de hacerlo lo mismo que lo dice... sí, señor lo mismo, porque hay mugeres que por salirse con lo que se les pone entre ceja y ceja comerán... no digo yo rejalgar, sino... por otra parte puedo yo callarle á mi pobre amo una cosa que tanto le interesa? que tanto interesa al honor de la familia... imposible... y mucho mas cuando quizá su merced encontraria algun medio término... alguna estratagema... calle, una palmada junto á nuestra reja! otra! si pudiera atisvar... san Bruno y qué suspiro! suspiro de

alma en péna!... tercer palmada!... si será nuestro perillan... cabalito... el es... cé, cé, don Eduardo... soy yo... el mismo que viste y calza... eh? no, no está todavia aqui... tenga usted un poco de paciencia... en efecto van á dar las ocho y media... ya veo que es una pistola lo que usted me enseña... esta es otra que bien baila: que se levantará la tapa de los sesos si al dar la campanada de la media no está ya doña Matilde en la calle! qué diablura! Diga usted, don Eduardo... diga usted... sí; se marchó renegando á la esquina opuesta... pues por Dios... que estamos frescos... veneno por aqui... pistoletazo por allá, y á todo esto el amo metido en su aposento...

ESCENA VI.

DON PEDRO Y DICHO.

DON PEDRO.

(Necesito no descuidarme si he de llegar á tiempo de ponerme junto á un confesonario sin que me vean...)

BRUNO.

Ah! Señor don Pedro de mi vida!... algun angel le ha traido á usted tan á punto!

DON PEDRO.

No me entretengas, Bruno, que estoy muy de prisa.

BRUNO.

Dos palabras tan solo.

DON PEDRO.

Ni media.

BRUNO.

Sepa usted...

DON PEDRO.

No quiero saber nada, déjame.

BRUNO.

Que la señorita...

DON PEDRO.

Ya me lo dirás cuando vuelva... suelta.

BRUNO.

Es que cuando usted vuelva ya no quedará mucho que decir, porque doña Matilde...

DON PEDRO.

Suelta, suelta, ó vive Dios...

BRUNO.

Ya suelto, pero luego no se queje usted...

DON PEDRO.

Luego me las pagará todas juntas el que haya contribuido á ofenderme.

BRUNO.

Oidos que tal oyen!

DON PEDRO.

Y para eso hice afilar el otro dia mi espadin de acero.

BRUNO.

Y por eso cabalmente quiero yo hablar ahora, y contar á usted...

DON PEDRO.

Calla.

BRUNO.

Pero si no me deja usted hablar, cómo quiere usted...

DON PEDRO.

Calla, y hasta despues que ajustaremos cuentas... (pobre Bruno, no le queda mal susto en el cuerpo.)

ESCENA VII.

BRUNO, Y DESPUES DOÑA MATILDE.

BRUNO.

No sabia yo lo de la afiladura del espadin! Con esto, y con que despues se le antoje el que yo tuve arte ó parte en el negocio... y me atraviese como un palomino... Dígole á usted que... vamos, por mas que lo miro y lo remiro... no hay escapatoria... tiene que acabar en tragedia... porque á la altura en que estamos... es claro que ó se matan ellos, ó los mata don Pedro, ó me mata este á mí... ó se mata él... ó nos morimos todos de pesadumbre... lo dicho... tiene que haber muertes... tiene que haberlas necesariamente... á menos que un milagro...

DOÑA MATILDE.

Salió mi padre?

BRUNO.

(A Dios con mi dinero... ya está aqui doña Matilde.)

DOÑA MATILDE.

No me respondes si salió mi padre?

BRUNO.

Salió, y como un regilete... no sé yo lo que podia urgirle tanto... pero... qué hace usted?...

DOÑA MATILDE.

Lo que tú has olvidado... apagar las velas...

BRUNO.

Qué es de rigor en tales aventuras el andar á tientas?

DOÑA MATILDE.

Es prudencia por lo menos para evitar el que la vecina de enfrente fisgonee lo que va á pasar en este cuarto.

BRUNO.

Ay!

DOÑA MATILDE.

Qué es eso?

BRUNO.

No es cosa, un chinchon que debo á la vecina de enfrente.

DOÑA MATILDE.

Y todavia no has abierto la reja!

BRUNO.

Para qué? Si se ha de ir usted al cabo,

no vale mas el que se salga usted por la puerta?

DOÑA MATILDE.

No lo creas... eso cualquiera lo haria... y es tambien menos dramático.

BRUNO.

Menos qué?

DOÑA MATILDE.

Vaya, despáchate en abrir la reja... mira que creo que ya ha dado la media.

BRUNO.

Qué habia de dar, no señora... ni por pienso... Dios nos libre de que hubiera dado.

DOÑA MATILDE.

No abres?

BRUNO.

Aqui tengo la llave; pero antes reflecsione usted, hija mia, la pesadumbre que va usted á dar á su padre con este escándalo... y lo que...

DOÑA MATILDE.

Oyes ahora la media?

BRUNO.

Vírgen del Tremedal... (1) Allá va, allá va... (2)

DOÑA MATILDE.

Cómo! A quién gritas?

(1) Corriendo á la ventana.
(2) Gritando á don Eduardo.

BRUNO.

Nada, nada.

DOÑA MATILDE.

Ah traidor! ya te entiendo... pero antes que vengan á sorprendernos apelaré á mi último recurso. (1)

BRUNO.

Tenga usted el brazo (2); tire usted esas píldoras, que es á don Eduardo á quien yo avisaba... (3) Allá va, allá va... Repito que es don Eduardo á quien yo... (4) ay qué sudor frio me ha entrado!

DOÑA MATILDE.

Pues por qué no me decias que don Eduardo estaba ya esperándome?

BRUNO.

Porque... porque... bueno estoy yo ahora para decir el por qué de nada, y si me sangraran...

DOÑA MATILDE.

En suma, quieres ó no quieres abrir la reja?

BRUNO.

En este instante... (Empecemos al menos por salvar dos vidas...) qué premiosa está!

DOÑA MATILDE.

Pon luego una silla.

(1) Hace como que saca las píldoras.
(2) Corriendo á doña Matilde.
(3) Vuelve á la ventana.
(4) Vuelve á doña Matilde.

BRUNO.

Pongo una silla.

DOÑA MATILDE.

Y está ya don Eduardo?

BRUNO.

Le estoy tocando con la mano la copa del sombrero.

DOÑA MATILDE.

Entonces... dónde dejaré la carta para papá... y muy contenta que estoy con ella... oh! me ha salido muy tierna y muy respetuosa... mucho mas tierna que la de Clari en la ópera... aqui la pondré sobre la mesa... ahora vamos... no; me falta todavia que implorar al cielo, y rogar tambien por mi padre, por mi pobre padre. (1)

BRUNO.

Si la tocará Dios en el corazon!

DOÑA MATILDE.

Ahora quiero besar la poltrona (2) en que duerme papá la siesta... la mesa... la jaula de la cotorra... á Dios, muebles queridos... á Dios, paredes que me guarecísteis durante mis primeros... mis mas dichosos años... y que quizá no volveré á ver mas... dame la mano, Bruno... á Dios, Bruno... que seas feliz... que me vengas á ver... ay, que me caigo...

(1) Se pone de rodillas.
(2) Se levanta.

BRUNO.

No tenga usted cuidado... y déjese usted ir... maldito alfiler!

DOÑA MATILDE.

Que consueles á mi padre.

BRUNO.

A buena hora, mangas verdes... téngala usted, don Eduardo... asi... ya llegó al suelo... y corren como gamos... y ya llegan á la iglesia... y ya entran... y... Dios los haga buenos casados... quitémonos ahora de la reja... cerrémosla... y cuidemos antes de todo de esconder el espadin de acero.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DOÑA MATILDE.

Lo que tarda en encenderse esta lumbre!

DON EDUARDO.

Si no soplas derecho.

DOÑA MATILDE.

Será culpa del fuelle.

DON EDUARDO.

Mira cómo se va el aire por los lados.

DOÑA MATILDE.

Ay! que no puedo mas.

DON EDUARDO.

Vaya, se conoce que este es el primer brasero que enciendes en tu vida... dame, dame el fuelle.

DOÑA MATILDE.

Tómalo enhorabuena... y despáchate, por Dios, que me siento muy débil.

DON EDUARDO.

Ya lo creo; no cenastes anoche.

DOÑA MATILDE.

Qué descuido el tuyo!... no tener siquiera un bocado de pan en casa.

DON EDUARDO.

Como nunca tienes apetito en semejantes dias...

DOÑA MATILDE.

Ya, pero... y tú?

DON EDUARDO.

Oh, lo que es por mí no te inquietes, y sino te enfadaras te confesaria...

DOÑA MATILDE.

Qué?

DON EDUARDO.

Que por lo que podia tronar, me forré el estómago con un buen par de chuletas antes de ir á buscarte.

DOÑA MATILDE.

Pues estuvo bueno el chiste!

DON EDUARDO.

Ya pienso que puedes arrimar la chocolatera al fuego.

DOÑA MATILDE.

Y qué enorme armatoste!

DON EDUARDO.

Sabrás hacer chocolate?

DOÑA MATILDE.

Creo que se echa primero el chocolate partidito á pedazos...

DON EDUARDO.

No me parece que es eso...

DOÑA MATILDE.

Entonces echaré primero el agua...

DON EDUARDO.

Tampoco.

DOÑA MATILDE.

Pues hay mas que echar las dos cosas á un tiempo.

DON EDUARDO.

Dices bien... y una onza entera y otra partida... asi no podemos errarla de mucho... pon mas agua.

DOÑA MATILDE.

Si he puesto cerca de un cuartillo!

DON EDUARDO.

Y qué es un cuartillo para dos jícaras... llena la chocolatera, llénala...

DOÑA MATILDE.

Hombre!

DON EDUARDO.

Llénala, y no empecemos con economías.

DOÑA MATILDE.

Ya lo está.

DON EDUARDO.

Divinamente; y volviendo á lo de anoche, creerás, Matilde, que todavia me rio al recordar lo asustada que estabas durante la ceremonia?

DOÑA MATILDE.

Pues mira, mayor fue si cabe mi congoja al subir esta eterna escalera á tientas, al tardar diez minutos en acertar con el agujero de la llave, al encontrarme despues sola y sin luz en este aposento desconocido y frio, sin atreverme á dar un paso por no tropezar con algun mueble, hasta que volviste con el candelero que te prestó la vecina...

DON EDUARDO.

Bendita vecina!... por ella nos escapamos anoche sin un chinchon cada uno cuando menos, y á fé que hubiera sido de mal agüero.

DOÑA MATILDE.

Ya empieza á hervir el agua.

DON EDUARDO.

Y tambien deduzco del gesto que hiciste involuntariamente al entrar yo con la luz y recorrer tú con la vista el cuarto en que

te hallabas, que te sorprendió en gran manera su pelage.

DOÑA MATILDE.

Qué disparate!

DON EDUARDO.

Vaya, la verdad. No esperabas hallar otra cosa?

DOÑA MATILDE.

Oh! lo que es eso...

DON EDUARDO.

No esperabas el que los muebles, aunque pocos y sin embutidos, fueran siquiera de caoba y nuevos? el que hubiera cortinas de muselina blanca, aunque sin guarniciones ni flecos?

DOÑA MATILDE.

No, eso no... ya sé yo que la caoba y la muselina no se han hecho para casas pobres... pero hay muebles bastante bonitos de cerezo ó de nogal... hay cortinas muy baratas de percal ó de zaraza... y si juntas á eso unas paredes recien blanqueadas, unos pisos muy fregados, unas ventanas con sus correspondientes tiestos de flores, y otras bagatelas semejantes que cuestan poco ó nada, resultará de todo cierta elegancia en la misma pobreza, que...

DON EDUARDO.

Dime, Matilde, has entrado en muchas casas pobres?

DOÑA MATILDE.

En la de la vieja de la Alameda...

DON EDUARDO.

Ya me lo sospechaba yo...

DOÑA MATILDE.

Y ademas he leido mil descripciones muy verídicas, y por ellas...

DON EDUARDO.

Que se va el chocolate!

DOÑA MATILDE.

Qué dices?

DON EDUARDO.

Quítalo presto de la lumbre.

DOÑA MATILDE.

Ay!

DON EDUARDO.

Te quemaste?

DOÑA MATILDE.

Todo el dedo meñique.

DON EDUARDO.

Qué desgracia!

DOÑA MATILDE.

No es eso lo peor, sino que como me dolía solté la chocolatera, y...

DON EDUARDO.

Y se habrá apagado el fuego?

DOÑA MATILDE.

Completamente.

DON EDUARDO.

Cómo ha de ser! En encendiéndole otra vez...

DOÑA MATILDE.

Otra vez!

DON EDUARDO.

Aqui tengo las dos onzas restantes...

DOÑA MATILDE.

Pero eso de soplar otra hora y media!...

DON EDUARDO.

Qué remedio tiene? á menos que no prefieras el que cada cual se coma cruda la onza que le corresponde...

DOÑA MATILDE.

Ello todo es chocolate.

DON EDUARDO.

Y en bebiendo luego un buen vaso de agua...

DOÑA MATILDE.

Asi tendremos tambien mas lugar para hablar de nuestras cosas.

DON EDUARDO.

Para establecer desde luego nuestro método de vida.

DOÑA MATILDE.

Y el empleo de las horas del dia.

DON EDUARDO.

Y de la noche... hasta que nos vayamos á acostar.

DOÑA MATILDE.

Ea, pues, venga mi onza, y sentémonos.

DON EDUARDO.

Tómala, y sentémonos... en qué piensas?

DOÑA MATILDE.

En nada... en que papá estará ahora desayunándose, y...

DON EDUARDO.

Tambien nosotros... mas frugalmente... pero...

DOÑA MATILDE.

Oh! lo que es por eso... en estando á tu lado... y la ventaja de no tener criados que nos murmuren, ni sibaritas que nos importunen con sus visitas...

DON EDUARDO.

Qué habiamos de tener?

DOÑA MATILDE.

Disfrutando en cambio de independencia y de tranquilidad.

DON EDUARDO.

Por supuesto.

DOÑA MATILDE.

Y esto de vivir tranquilos, Eduardo, esto de que nadie venga á desencantarnos con su odiosa presencia en uno de aquellos momentos deliciosos...

DON EDUARDO.

Calla! Llamaron?

DOÑA MATILDE.

Creo que sí.

DON EDUARDO.

Habla bajo.

DOÑA MATILDE.

Pero que...

DON EDUARDO.

Mas bajo.

DOÑA MATILDE.

Quiéres que abra?

DON EDUARDO.

No, no... pero vé de puntillas, y mira si por la rendija puedes atisvar quién es.

DOÑA MATILDE.

Voy... es un viejecito barrigoncito, con calzones de pana y medias rayadas.

DON EDUARDO.

Él es!

DOÑA MATILDE.

Quién dices?

DON EDUARDO.

El diablo.

DOÑA MATILDE.

Jesus mil veces!

DON EDUARDO.

Ó el casero, que es lo mismo... dónde me esconderé?

DOÑA MATILDE.

Esconderte!

DON EDUARDO.

Alli... debajo de la cama... y tú abre luego, y dile que he salido muy temprano, y que no volveré hasta la noche.

DOÑA MATILDE.

Eduardo...

DON EDUARDO.

Abre ya... antes que nos rompa la puerta. (1)

DOÑA MATILDE.

Pero, Eduardo, no entiendo...

DON EDUARDO.

Abre, abre. (2)

DOÑA MATILDE.

Dios mio! Qué querrá decir esto?

ESCENA II.

EL CASERO Y DICHOS.

CASERO.

Vaya, y qué dormida estaba usted!

DOÑA MALILDE.

No señor, sino que...

CASERO.

Y el señor don Eduardo?

DOÑA MATILDE.

Acaba de salir...

CASERO.

Calle! Y me habia prometido que me pagaria hoy por la mañana el mes adelantado!

DOÑA MATILDE.

Es que...

(1) Al meterse debajo de la cama.
(2) Se mete enteramente.

CASERO.

Mal principio... muy malo, á fé mia! Y cuándo estará de vuelta?

DOÑA MATILDE.

Me dijo que volveria al anochecer, y que luego...

CASERO.

Al anochecer!... Salir en un dia de tornaboda á las ocho de la mañana y no volver hasta el anochecer, dígole á usted que no me da buena espina.

DOÑA MATILDE.

Puede que vuelva mas pronto, y...

CASERO.

Pues no crea que á mí me ha de traer como á un zarandillo... y lo que son los trastos no valen treinta reales.

DOÑA MATILDE.

Caballero, mi marido es incapaz de...

CASERO.

De pagar á su casero, eh!

DOÑA MATILDE.

No digo eso, sino que aunque somos pobres, somos personas de honor, y que...

CASERO.

Sí, sí, personas de honor sin dinero... eso es lo que yo me temia... y esos son los peores inquilinos.

DOÑA MATILDE.

(Qué insolencia!)

CASERO.

Pero repito que no se juega conmigo... dígaselo usted asi, y que si esta noche no me baja los tres duros, mañana pongo á ustedes en la calle con todos sus cachibaches...

ESCENA III.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DOÑA MATILDE.

Tratar de ese modo á una señora?

DON EDUARDO.

Matilde! Se fue ya? (1)

DOÑA MATILDE.

Ya se fue.

DON EDUARDO.

Pues entonces prosigue aquello que decias (1), de que era gran cosa el poder vivir tranquilos y sin que nadie...

DOÑA MATILDE.

Sí, buena es la tranquilidad que vamos disfrutando por cierto.

DON EDUARDO.

Toma, ya te desanimas!

DOÑA MATILDE.

No, pero sí estraño cómo has tenido paciencia para oir tanta grosería.

(1) Asomando la cabeza.
(2) Saliendo de debajo de la cama.

DON EDUARDO.

En efecto, merecia el gran vinagre que le hubiera tirado los tres duros á la cabeza.

DOÑA MATILDE.

Y por qué no lo has hecho?

DON EDUARDO.

En primer lugar porque no tenia los tres duros.

DOÑA MATILDE.

Podias haberle castigado de otro modo.

DON EDUARDO.

No, hija, que para castigar con dignidad á un acreedor que se insolenta hay siempre que empezar por pagarle.

DOÑA MATILDE.

Siempre!

DON EDUARDO.

No ves que sino se puede creer que uno ha querido zafarse á un mismo tiempo del acreedor y de la deuda?

ESCENA IV.

LA VECINA Y DICHOS.

VECINA.

Buenos dias, vecinita... qué tal se ha dormido?... Oyeron ustedes los truenos á eso de las cuatro?... La encajera que vive en la guardilla dice que ha caido un rayo en Santa Bárbara... pero yo no lo creo...

porque basta que la encajera diga una cosa para que yo no la crea...

DOÑA MATILDE.

Nosotros no hemos oido...

VECINA.

Ya lo supongo... qué habian ustedes de oir... si es una grandísima embustera... muy tonta y muy presumida... sin que yo sepa en qué se funda... porque al cabo, qué ha sido antes de casarse? doncella en casa de un consejero? Y bien, tambien yo he sido doncella, si vamos á eso... en casa de un covachuelo... y un consejero y un covachuelo allá se van... los dos tienen usía... con que diga usted, vecina, acabó usted con mi candelero?

DOÑA MATILDE.

Sí señora, aqui está... y muchas gracias...

VECINA.

Jesus, señora, no hay de qué... entre vecinas y amigas hoy por tí, mañana por mí... y nosotras que vamos á ser tan amigas!... como que vivimos en el mismo piso... porque aqui en esta casa, como en todas, con el vecino de al lado es con quien se trata... y nadie quiere bajarse... ni subir escaleras... muy bien hecho... cada oveja con su pareja... la marquesa con el canónigo en el piso principal... en el segundo el abogado con el comerciante... en el tercero el

agente de negocios con la viuda del coronel... asi en los demas pisos... por eso tambien nadie trata con la encajera... verdad es que no hay mas guardilla que la suya... y luego ya le dije á usted que es muy necia y muy vana... Pero voime corriendo, que dejé la sarten á la lumbre, no sea que se me queme la salchicha... porque ha de saber usted que mi marido almuerza todos los dias salchicha. (1)

DON EDUARDO.

Hola!

VECINA.

Como usted lo oye... y á fé que lo acierta... para eso es casi un empleado... con siete reales, y lo que cae... guarda dé á caballo, para servir á usted y á Dios... Ea, quédense ustedes con él.

DON EDUARDO.

Con su marido de usted?

VECINA.

No señor, con Dios... decia que se quedasen ustedes con Dios... vaya, que segun veo me parece usted pieza... Ah, vecina, se me olvidaba, necesita usted de una lavandera?

DOÑA MATILDE.

Precisamente iba yo...

(1) A don Eduardo.

DON EDUARDO.

Di que no. (1)

DOÑA MATILDE.

No señora, ya tenemos una...

VECINA.

Lo siento, porque mi hermana lava muy bien... como que lava á todas las colegialas de Loreto... y sino fuera por cierta desgracia que tuvo... ya se la contaré á usted otro dia... porque ahora estoy de prisa... agur... ¿pues no me huele á salchicha quemada?

ESCENA V.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DON EDUARDO.

Qué taravilla!

DOÑA MATILDE.

Y qué muger tan ordinaria!

DON EDUARDO.

Asi hablas de tu amiga! (2)

DOÑA MATILDE.

Pobre de mí si no tuviera otras amigas!

DON EDUARDO.

Cuáles? (3)

DOÑA MATILDE.

Toma, las mismas que tenia antes de ayer.

(1) Bajo á doña Matilde.
(2) Sonriéndose.
(3) Idem.

DON EDUARDO.

Viven todas ellas en quinto piso? (1)

DOÑA MATILDE.

Qué sabe esa muger lo que dice? Amigas tengo yo, con quienes me he criado en las Salesas, que si me vieran pidiendo limosna...

DON EDUARDO.

Te la darian quizá. (2)

DOÑA MATILDE.

Se gloriarian entonces de llamarse tales, mas que si me vieran habitando en palacios de cristal.

DON EDUARDO.

Ó, lo que es lo mismo, en casa de un vidriero. (3)

DOÑA MATILDE.

Ya, sino crees tampoco en aquellas amistades que se engendran en la edad preciosa...

DON EDUARDO.

En que no se sabe todavia lo que se quiere.

DOÑA MATILDE.

Qué terrible estás, Eduardo!

DON EDUARDO.

Pero no conoces que te estoy embro-

(1) Sonriéndose.
(2) Idem.
(3) Idem.

mando? De otro modo pudiera yo contradecirte en materias tan evidentes?

DOÑA MATILDE.

Eso era lo que me confundia... pero ahora que me acuerdo... por qué me hiciste responder á la vecina que no necesitábamos de su lavandera?

DON EDUARDO.

Porque como no nos habia de lavar de valde...

DOÑA MATILDE.

Alguien ha de lavar lo que emporquemos, sin embargo.

DON EDUARDO.

Preciso... pero lo harás tú.

DOÑA MATILDE.

Yo!

DON EDUARDO.

Quién quieres que lo haga en tanto que no tengamos con que pagar á otra muger?

DOÑA MATILDE.

Se me pondrán las manos perdidas!

DON EDUARDO.

Es mas que probable.

DOÑA MATILDE.

Y se me llenarán de grietas!

DON EDUARDO.

Como que no hay cosa peor que el jabon y el agua caliente... mas puedes estar segura, Matilde mia, que con la misma ilusion con que tu Eduardo te besa ahora es-

ta mano tan suave y blanca, con la misma te la besará cuando la tengas áspera como una lija y colorada como un tomate.

DOÑA MATILDE.

No lo dudo, Eduardo; pero... pero ello de todos modos es muy desagradable... y mi pobre papá que tenia tanta vanidad con mis manos!... Qué buscas?

DON EDUARDO.

Di, Matilde, has visto por ahí algun cepillo?

DOÑA MATILDE.

Para qué?

DON EDUARDO.

Quisiera cepillarme un poco antes de salir, porque el polvillo del carbon...

DOÑA MATILDE.

Qué vas á salir?

DON EDUARDO.

Ya te dije que el apoderado de mi tio, que es escribano del Consejo, me ha ofrecido emplearme en su despacho como copiante... cuando tenga que copiar, se entiende... y voy á ver si me adelanta cien reales, á cuenta de mis futuros garavatos, para pagar el casero y para ir viviendo.

DOÑA MATILDE.

Y qué me he de hacer yo entre tanto, sin libros, sin piano...

DON EDUARDO.

En efecto, no tienes hoy mucho que trabajar...

DOÑA MATILDE.

En que trabajar!

DON EDUARDO.

Solo levantar la cama, barrer el cuarto, y... pero, lo que es desde mañana, ya me dirás si te queda tiempo para fastidiarte.

DOÑA MATILDE.

Tambien tendré que barrer mañana?

DON EDUARDO.

Todos los dias, á tí que te gusta tanto la limpieza! y tendrás asimismo que guisar, fregar, jabonar, planchar, coser, remendar, y hacer, en fin, todo aquello que hace una muger casada sin criada.

DOÑA MATILDE.

Ay, Eduardo, sabes que es dinero muy bien gastado el de los salarios?

DON EDUARDO.

Quién dice que el dinero no sirve alguna vez de algo? pero no muy á menudo... y si uno va á considerar, todos sus inconvenientes cree tú que... no son estas que dan las nueve? Cáspita y qué tarde!... Con esto y con que haya salido ya mi escribano, y nos quedemos tambien sin comer... á Dios, vida mia... abrázame.

DOÑA MATILDE.

Anda con Dios.

DON EDUARDO.

Otro abrazo... otro... es tanto lo que te quiero! á Dios.

ESCENA VI.

DOÑA MATILDE.

Ay, no sé lo que tengo... pero... no, no me siento muy buena... Ay!... Si se pudiera lavar con guantes de encerado! Qué se ha de poder! Luego cásese usted para estar todo el dia sola! Paciencia! Pícaros autores, dejarse precisamente en el tintero lo que las pobres habian tenido que trabajar entre sus cuatro paredes!... y ello ninguna tenia criada... como yo... y habian tenido todas que empezar cada mañana por levantar sus camas... como yo voy á levantar la mia... porque si yo no la levanto... vamos allá... aquella Juana sí que despachaba en casa todas estas cosas en un santiamen! como que estaba acostumbrada... y yo desgraciadamente no lo estoy... Lo que pesa el colchon! (1) Pues el jergon!... (2) Ay, descansemos un poco! (3)

(1) Lo pone en el suelo.
(2) Idem.
(3) Se sienta sobre uno de ellos.

ESCENA VII.

LA MARQUESA Y DICHA.

MARQUESA.

Vive en este cuarto una muger que lava encajes?... Pero qué ven mis ojos? Matilde!

DOÑA MATILDE.

Clementina!

MARQUESA.

Tú aqui!

DOÑA MATILDE.

Oh! qué gusto tengo en verte!

MARQUESA.

Y yo!... Pero qué haces en este desvan?

DOÑA MATILDE.

Yo te diré... es que... y tú, estás todavia en las Salesas?

MARQUESA.

Qué, si me casé hace cinco meses, y vivo precisamente en el cuarto principal de esta misma casa.

DOÑA MATILDE.

Cuánto me alegro... asi estaremos todo el dia juntas y... pues me habian dicho que era una marquesa la que...

MARQUESA.

Esa soy yo.

DOÑA MATILDE.

Entonces no te has casado con aquel cadete de Algarbe...

MARQUESA.

Qué disparate; una cosa es hacer telégrafos por entre las ventanas, y otra cosa es casarse.

DOÑA MATILDE.

Pero supongo que siempre te habrás casado enamorada de tu marido?

MARQUESA.

No lo creas... ni le ví hasta que todo estaba tratado y firmado.

DOÑA MATILDE.

Y eres dichosa?

MARQUESA.

Asi, asi... tengo coche,... dos mil reales al mes de alfileres... y en cuánto á mi marido... es como todos los maridos, ni feo, ni bonito, ni... tu suerte, Matilde, es la que no me parece muy envidiable.

DOÑA MATILDE.

Al contrario... ayer me casé con el hombre que adoraba.

MARQUESA.

Calla! Serias tú acaso la novia que estuvo á pique de acostarse anoche á oscuras?

DOÑA MATILDE.

Verdad es que...

MARQUESA.

Ja, ja... y que no tuvo que cenar... (1) ja, ja!... Vaya, quién me hubiera dicho

(1) Riéndose.

cuando las criadas me contaban al desnudarme tu fracaso, ja! ja!...

DOÑA MATILDE.

Clementina!

MARQUESA.

Perdona, Matilde; pero es un lance tan gracioso... ja! ja!... tan inesperado!

DOÑA MATILDE.

Inesperado no; y acuerdate que siempre te juré que no me casaria sino á gusto mio, y con quien no tuviera nada.

MARQUESA.

Sí, es cierto... tambien yo lo juré, si mal no me acuerdo, y ya ves cómo lo he cumplido... pobre Matilde!

DOÑA MATILDE.

Me compadeces!

MARQUESA.

Criada con tanto regalo, y obligada ahora á tener que ganar tu vida, cosiendo ó bordando, ó... porque algo tendrás que hacer para ayudar á tu marido... que por su parte tambien trabajará sin duda...

DOÑA MATILDE.

Un escribano le ha dicho que le dará que copiar... cuando tenga.

MARQUESA.

Pues... á dos reales el pliego... y tres ó cuatro pliegos al dia en escribiendo corrido... buena ocupacion, por vida mia... pero dime, y tu padre? está furioso, eh?

DOÑA MATILDE.

Ya ves, habiéndome casado sin su consentimiento...

MARQUESA.

Y tiene mucha razon... ningun padre puede aprobar el que su hija se case con un perdulario.

DOÑA MATILDE.

Perdulario mi Eduardo! Y se ha dejado desheredar de diez mil ducados de renta á trueque de casarse conmigo!

MARQUESA.

Entonces tu Eduardo es un loco de atar, porque...

DOÑA MATILDE.

Basta, Clementina... tu marquesado no te autoriza para que me insultes porque me ves ahora pobre... y mucho mas cuando nada pienso pedirte.

MARQUESA.

Harás muy mal... que si no se pide á las amigas cuando no se tiene que llevar á la boca, no sé yo cuándo se ha de pedir... y yo lo he sido tuya, Matilde... no de las íntimas... pero... pero siempre te he querido bien... ya lo sabes... y te lo voy á probar ahora mismo... alli tengo en casa cuatro docenas de camisas de batista sin hacer del agua, y te las enviaré...

DOÑA MATILDE.

No, Clementina, mil gracias; pero...

MARQUESA.

Sí, te las enviaré... para que las bordes... y para que... lo que habia de ganar otra... tú bordabas muy bien...

DOÑA MATILDE.

(Qué humillacion!)

ESCENA VIII.

LA VECINA Y DICHAS.

VECINA.

Vecinita, perdone usted que me entre asi de rondon... como la puerta estaba abierta... y como somos uña y carne, queria enseñar á usted cierta cosa... mas oiga! si tendré telarañas... su señoría la marquesa aqui! subir una marquesa ocho tramos de escalera!

MARQUESA.

Quién es esta buena muger? (1)

DOÑA MATILDE.

Es una vecina que...

VECINA.

Soy la Nicolasa, señora... la muger del guarda de á caballo... que vive en ese otro cuarto... ya se ve... su señoría no se acordará de mí... porque nunca me ha visto... ó por mejor decir nunca me ha mirado á

(1) A doña Matilde.

la cara cuando me ha encontrado al subir ó bajar del coche... aunque yo saludo siempre... pero doña Manuela la doncella me conoce muy bien... y le habrá hablado de mí á su señoría... toma si le habrá hablado muchas veces... como que por ella me tomó su señoría el otro dia aquella pieza de batista.

MARQUESA.

Ah! Ya caigo... usted es la que suele proporcionar ropa y géneros de lance.

VECINA.

Cabalito... como mi marido es guarda...

MARQUESA.

Y tiene usted ahora algo de nuevo?

VECINA.

Sí señora... y de bueno... á eso venia, á enseñar á la vecinita un corte de vestido de punto de Flandes... como es recien casada... y como nada cuesta el ver... pero, con permiso de su señoría, cerraré la puerta... no sea que la encajera lo olfatee... y vaya con el chisme... porque la tal encajera es capaz de todo... y si yo fuera á contar...

MARQUESA.

No, no, mejor será que veamos ese corte.

VECINA.

Aqui está... cosa superior! y por un pedazo de pan... ochocientos reales... ni un ochavo menos.

DOÑA MATILDE.

Qué bonito!

MARQUESA.

Preçioso!

DOÑA MATILDE.

Y qué punto tan igual.

MARQUESA.

Y la cenefa?... tambien es de mucho gusto.

DOÑA MATILDE.

Y de las mas anchas... sobresaldrá mucho sobre un viso caña... no te parece?

MARQUESA.

En efecto, y me irá muy bien como tengo bastante color... y luego como tú... en tus circunstancias, no puedes soñar en comprarlo...

VECINA.

Oh! es caro bocado para un estudiante!

MARQUESA.

No te debe importar el que yo lo tome... y que al fin lo tomaré... qué he de hacer? son tentaciones que...

VECINA.

Y para qué es el dinero, señora, sino para gastar... como dijo el otro... y Dios le dé á su señoría mucho... porque lo sabe emplear, y porque no regatea... como otras usías de medio pelo que conozco yo, y que...

MARQUESA.

Asi, Nicolasa, baje usted y le haré dar los cuarenta duros... á Dios, Matilde, ya nos veremos... ya te avisaré alguna vez cuando esté sola... y diré que te suban entre tanto las camisas.

DOÑA MATILDE.

No, Clementina, no... te lo agradezco en lo que vale... pero no tengo tiempo ahora.

MARQUESA.

Como quieras... por tí lo hacia... mas si lo tienes á menos... Pobrecilla, me da mucha lástima! (1) Ella siempre fue un poco tiesa... pero ya amansará, ya amansará...

ESCENA IX.

DOÑA MATILDE, Y LUEGO BRUNO.

DOÑA MATILDE.

Sueño por ventura! Es esta aquella Clementina tan sentimental, de cuya amistad estaba yo tan segura! Cómo me ha tratado con su aire de proteccion!... peor que el casero con su grosería! y compró el vestido solo por darme en ojos... porque vió que me gustaba, y que... ah! si yo hubiera tenido ochocientos reales! Sí, cuando

(1) A la vecina.

volveré yo á tener ochocientos reales! Lo que tendré serán trabajos... y humillaciones... y enjabonaduras... ah! Eduardo! mucho te quiero! muchísimo! pero si hubiera sabido...

BRUNO.

Señorita!

DOÑA MATILDE.

Bruno! (1)

BRUNO.

Pobrecita mia! Metida en esta pocilga!

DOÑA MATILDE.

Y papá? Cómo está papá? Pobre papá, cómo le he ofendido!

BRUNO.

Está bueno... no tenga usted cuidado... y él es quien me ha dicho donde vivian ustedes.

DOÑA MATILDE.

Papá! Pues cómo sabia...

BRUNO.

Qué se yo... algun duende... lo cierto es que ahora me llamó, y me dijo que le siguiera hasta aqui... que subiera solo... y que le avisara si don Eduardo estaba fuera de casa, para que su merced entonces...

DOÑA MATILDE.

De veras! Será posible que me quiera ver?

(1) Corre á abrazarle.

BRUNO.

Si estaba desde anoche como si tuviera hormiguillo... y aunque no descosía sus labios, se le conocia á la legua que... pero voy á abrirle.

DOÑA MATILDE.

Sí, corre, despáchate... dónde vas? por alli está la escalera.

BRUNO.

No hay necesidad de que yo baje... que su merced se quedó de centinela en la puerta principal de los Basilios, y asi con una seña que yo le haga desde aquella ventana con el pañuelo...

DOÑA MATILDE.

Con el pañuelo no, que quizá no lo advierta... toma esta sábana...

BRUNO.

Venga. (1)

ESCENA X.

DON EDUARDO Y DICHOS.

DON EDUARDO.

Apretemos otro poco el tornillo (2). Maldito sea el primer escribano que pisó los

(1) Vánse los dos á la ventana.
(2) Al salir y aparte.

consejos! Negarme á mí la miseria de cien reales! (1) Es una infamia.

DOÑA MATILDE.

Válgame Dios, qué es esto!... qué te ha sucedido? (2)

DON EDUARDO.

Déjame en paz... bribon!... tunante! Estoy por volver, y por...

DOÑA MATILDE.

Pero, Eduardo... tranquilízate por la Vírgen.

DON EDUARDO.

Te digo que me dejes.

DOÑA MATILDE.

Mira que te va á dar algo.

DON EDUARDO.

No será indigestion á buen seguro; pero, muger, qué has hecho en todo este tiempo? Cómo tienes todavia asi el cuarto? Vaya, que no es mala porquería!

DOÑA MATILDE.

Yo... si... ay, Eduardo, cómo te puedes enfadar tanto conmigo! (3)

DON EDUARDO.

No, Matilde mia, yo no me enfado contigo... cómo habia yo de enfadarme contigo? Vamos no llores... quién no tiene un

(1) Sale ahora, tira el sombrero, y se pasea como muy agitado

(2) Quitándose de la ventana.

(3) Llora.

momento de mal humor? sobre todo cuando vuelve uno á su casa sin una blanca y...

BRUNO.

Y por eso se dijo que casa donde no hay harina... (1)

DON EDUARDO.

Calle... aqui estaba Bruno?

ESCENA ÚLTIMA.

DON PEDRO Y DICHOS.

DON PEDRO.

Hija de mis entrañas!

DOÑA MATILDE.

Papá, papá de mi vida!... (2)

DON PEDRO.

Qué haces? Levántate.

DON EDUARDO.

(Qué pronto ha venido este demonio de hombre.)

DOÑA MATILDE.

No señor, déjeme usted que le pida de rodillas que me perdone.

DON PEDRO.

Todo está ya perdonado y olvidado con tal que me jures que no nos volveremos á separar en la vida.

(1) Quitándose de la ventana.
(2) Se quiere arrodillar.

DOÑA MATILDE.

Oh, nunca, nunca.

DON PEDRO.

Y qué, no me abraza usted, señor don Eduardo? Ea, déme usted uno bien apretado, y salgamos pronto de este camaranchon... que se me va la cabeza solo de acordarme...

DON EDUARDO.

Pero, señor don Pedro, me parece que usted no ha comprendido bien á Matilde... ella se alegra, como buena hija, de que la vuelva á su gracia... pero por lo demas está muy satisfecha con su suerte ahí, donde usted la ve... y lejos de querer dejar su casa...

DON PEDRO.

No, no, vivirán ustedes conmigo.

DOÑA MATILDE.

Sí, sí, con usted, papá, con usted. (1)

DON EDUARDO.

Y sino... con permiso de usted, señor don Pedro. Oye, Matilde, (2) no es cierto que lo que á tí te acomoda es vivir tranquila en un rincon como este, y comer conmigo un pedazo de *pan y cebolla*?

DOÑA MATILDE.

Si la cebolla no me repitiera siempre

(1) A su padre en voz baja.
(2) Se la lleva á un lado del teatro.

que la como... luego, Eduardo, hazte cargo... podemos acaso desairar á papá cuando se muestra tan bondadoso?

DON EDUARDO.

Segun eso te resignarias y...

DOÑA MATILDE.

Qué hemos de hacer?

DON EDUARDO.

El caso es que cada cual tiene su amor propio... y para mí... la verdad... no puede ser plato de gusto el entrar en tu familia como un pobreton.

DOÑA MATILDE.

Qué importa eso?

DON EDUARDO.

A mí mucho... y se me caeria la cara de vergüenza.

DOÑA MATILDE.

Pero, hombre, no ves que tu tio te tiene, por fuerza, que perdonar tambien pronto?

DON EDUARDO.

Y creés tu que me volverá á nombrar su heredero?

DOÑA MATILDE.

Como tres y dos son cinco.

DON EDUARDO.

Es que entonces tendriamos la dificultad del alguacilazgo y...

DOÑA MATILDE.

Tanto mejor, es un título muy distinguido... casi tanto como maestrante.

DON PEDRO.

Vaya, hijos, qué sale de esta consulta?

DOÑA MATILDE.

Que nos vamos con usted.

DON PEDRO.

Alabado sea Dios!

DON EDUARDO.

Y que mi Matilde, solo por vivir con su padre, y por disfrutar á su lado de las ruines comodidades de la vida, sacrifica magnánima todos los placeres de la indigencia, que por mas que digan aquellos que los han conocido sin buscarlos... ni merecerlos... tienen con todo mucho mérito á los ojos de... las jóvenes de diez y siete años que leen novelas.

FIN.

Se hallará á 6 *reales en Madrid en la librería de* Escamilla, *calle de Carretas, y á* 7 *en las provincias por razon de porte.*

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

RARE BOOK COLLECTION
Presented by

Katherine McKnight

PQ6512
.C16
A4
1831